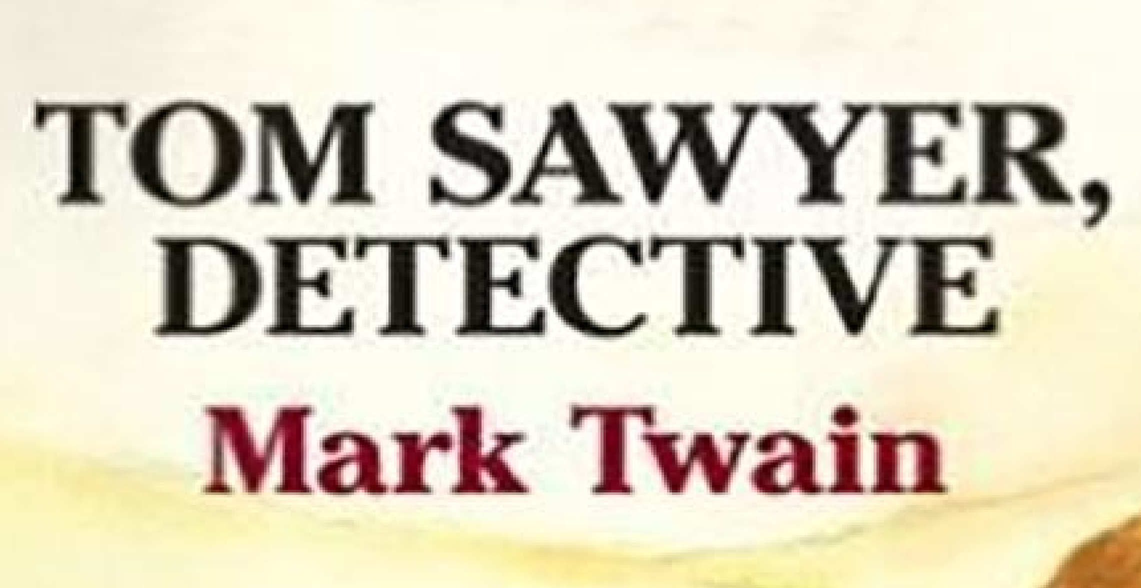

TOM SAWYER,
DETECTIVE
Mark Twain

La historia trata sobre el robo de unos diamantes en San Luis por valor de doce mil dólares. Se ofrecen dos mil dólares de recompensa a quienes consiga facilitar alguna pista para dar con los ladrones. En medio de esta confusión, aparece un hombre muerto que parece guardar relación con el robo y un fantasma que hace presencia en la historia, para dar mayor misterio al tema. Cuando creen haber dado con el autor del crimen, Tom hace uso de su inteligencia para desenmascarar al verdadero culpable y, solucionando, de paso, el caso de los diamantes…

En esta obra, llena de humor e influida por las novelas de Conan Doyle, el joven Tom —cual Sherlock Holmes— intenta resolver un misterioso asesinato y tendrá como su auxiliar a Huckleberry, que remeda a Watson.

Lectulandia

Mark Twain

Tom Sawyer, detective

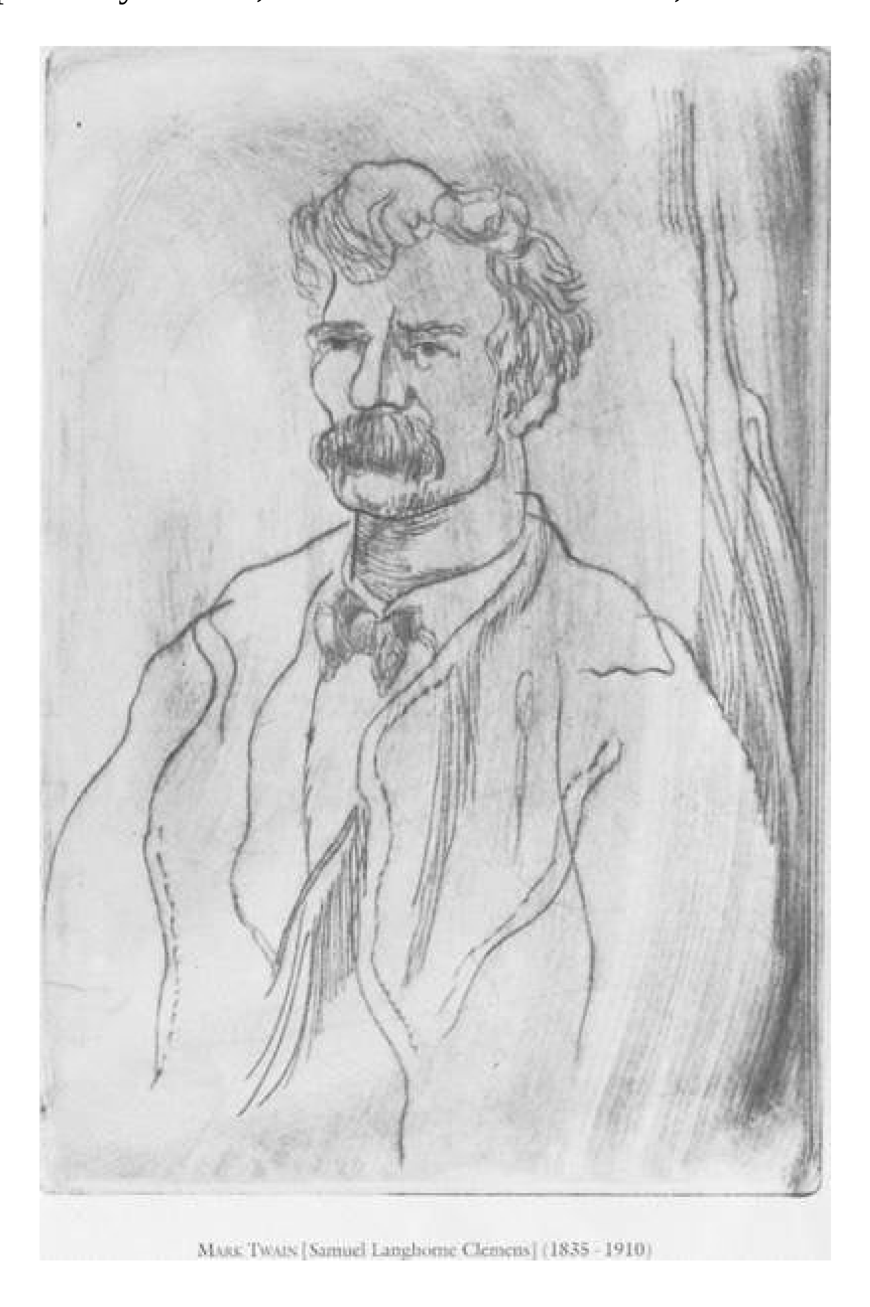
ePub r1.0
Titivillus 19.07.16

Título original: *Tom Sawyer, Detective*
Mark Twain, 1896
Traducción: Maylee Yábar-Dávila
Ilustraciones: Daniel Carter Beard y A. B. Frost

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

La presente obra es traducción directa e íntegra del original en lengua inglesa:

Tom Sawyer, Detective, publicado por primera vez en *Harper’s New Monthly Magazine* entre agosto y septiembre de 1896. La traducción se ha realizado sobre la edición fijada por Terry Firkins, Universidad de California, 1982.



MARK TWAIN [Samuel Langhorne Clemens] (1835 - 1910)

Capítulo 1

BUENO, estábamos en la primavera siguiente a la época en que Tom y yo liberamos a nuestro viejo negro Jim, que, como esclavo desertor, se hallaba encadenado en la granja que tenía Silas, el tío de Tom, en Arkansaw. La escarcha se estaba despejando del suelo y del ambiente también, y el tiempo de andar con los pies descalzos todo el día estaba cada vez más próximo; luego llegaría la época de jugar a las canicas, más tarde la del *Mumbletypeg*[1], en seguida la de las peonzas y los aros, luego seguiría la de las cometas, y en seguida llegaría el verano y podríamos ir a nadar. El hecho de mirar hacia adelante de ese modo y darse cuenta de lo lejos que todavía está el verano, hace que a un niño le entre la morriña. Sí, le hace suspirar y andar triste por ahí, algo le pasa y no sabe qué es. Pero, de cualquier manera, sale, taciturno y pensativo, y busca un lugar un poco solitario, allá arriba en la colina, a la orilla de un bosque, y allí se queda, mirando hacia el gran Misisipi que corre por debajo, alcanzando parajes donde los árboles parecen nebulosos y oscuros, de tan lejanos y sosegados; todo parece tan solemne, como si todos los que hemos amado se hubiesen ido, y tu mayor deseo fuera estar muerto, y desaparecido también, y así acabar con todo.

¿Es que no sabéis lo que es eso? Es la fiebre de primavera. Así es como se llama. Y, cuando la tienes, quieres…, ¡oh, no sabéis bien lo que quieres!, pero te ocasiona un gran dolor del corazón. ¡Lo deseas tanto! Diríase que lo que principalmente deseas es escapar; huir de las mismas viejas y tediosas cosas a las que estás acostumbrado y estás cansado de mirar, y ver algo nuevo. Ésa es la idea; quieres irte y convertirte en trotamundos; quieres marcharte a países extraños, donde todo es misterioso, maravilloso y romántico. Y, si no puedes hacer eso, te conformarás con muchísimo menos; con tal de irte, irás donde *puedas*, y también agradecerás esa oportunidad.

Bueno, pues Tom Sawyer y yo teníamos la fiebre de la primavera, y nos había dado bastante fuerte incluso; pero no tenía ningún sentido pensar en que Tom intentara marcharse, pues, según había dicho, su tía Polly no le permitiría dejar el colegio para andar todo el verano perdiendo el tiempo de acá para allá, así que andábamos bastante tristes. Un día, al ponerse el sol, nos hallábamos sentados en los escalones del frente de la casa, hablando de este modo, cuando salió su tía Polly con una carta en la mano y dijo:

—Tom, creo que vas a tener que hacer las maletas y marcharte a Arkansaw. Tu tía Sally te necesita.

Casi me muero de alegría. Creí que Tom iba a volar hasta donde estaba su tía y arrancarle la cabeza de un abrazo; pero, creedme, permaneció sentado allí como una roca y no dijo una sola palabra. Me dieron ganas de ponerme a llorar viéndole actuar tan tontamente, cuando se presentaba tan majestuosa oportunidad ante nosotros. De hecho, podríamos llegar a perderla si Tom no demostraba que era agradecido y

considerado. Pero él se quedó allí sentado, pensando y pensando, hasta que me sentí tan consternado que ya no sabía qué hacer; entonces dijo, muy tranquilo…, y yo es que le habría matado por ello:

—Bueno —dijo— lo siento muchísimo, tía Polly, pero creo que tendrán que disculparme… de momento.

La tía Polly se quedó tan atontada y furiosa por el descaro y la frialdad del comentario, que no pudo pronunciar palabra por espacio de medio minuto por lo menos, y esto me dio la oportunidad de dar un codazo a Tom y susurrarle:

—¿Eres tonto o qué? ¿Despreciar una oportunidad tan buena como ésta y arrojarla a la basura?

Pero él ni siquiera se inmutó. Me respondió farfullando:

—Huck Finn, ¿quieres que ella *se dé cuenta* de que estoy loco por irme? Empezará a dudar en seguida, y a imaginar un montón de enfermedades y peligros y objeciones, y sabes mejor que nadie que retirará lo dicho. Tú déjame a mí, que yo creo que sé cómo tratarla.

Nunca se me hubiera ocurrido, pero tenía razón. Tom Sawyer siempre tiene razón…, la cabeza más equilibrada que haya visto jamás, siempre dueño de sí y dispuesto a cualquier cosa que pudiera sucederle de golpe y porrazo. Pero esta vez, su tía Polly tenía las ideas claras y arremetió de nuevo. Dijo:

—¡Serás disculpado! *¡Lo serás!* ¡Es increíble, nunca había oído nada parecido en toda mi vida! ¡Cómo te atreves a hablarme así a *mí*! Vete de aquí ahora mismo y lía tus bártulos; y como vuelva a oírte decir otra palabra sobre que habrá que disculparte ni disculparte, *seguro* que te disculparé… ¡con una palmeta!

Le dio un capón en la cabeza con el dedal mientras nos escurríamos, y él fingió estar gimoteando mientras íbamos subiendo las escaleras. Una vez arriba, en su habitación, me dio un abrazo, estaba loco de alegría porque se marchaba de viaje. Y me dijo:

—Antes de que irnos, ella desearía no haberme dejado marcharme, pero para entonces no hallará ningún modo de evitarlo. Después de lo que ha dicho, su orgullo no le permitirá volverse atrás.

Tom hizo su equipaje en diez minutos. Metió todo, menos lo que su tía y Mary le habían preparado; entonces esperamos diez minutos más para que ella se calmara y estuviese dulce y amable de nuevo; pues Tom decía que, en los momentos en que la mitad de sus plumas estaban erizadas, le llevaba diez minutos serenarse, pero veinte cuando estaban todas completamente tiesas y erguidas. Luego bajamos, pues estábamos muy preocupados por saber lo que decía la carta.



Creo que tendrán que disculparme…

Estaba sentada allí, absorta en sus pensamientos, con la carta sobre su regazo. Nosotros nos sentamos, y ella nos dijo:

—Tienen bastantes problemas por allá, y creen que tú y Huck seríais un buen motivo de diversión para ellos…, *de consuelo,* dicen. Me parece que eso es lo que obtendrán de vosotros. Hay un vecino llamado Brace Dunlap, que ha estado deseando casarse con su Benny durante tres meses y, al final, le dijeron sin rodeos y de una vez por todas que no *podría* casarse con ella; así que él se ha avinagrado mucho con ellos,

y han empezado a preocuparse. Me parece que es una persona con la que es mejor llevarse bien, pues han intentado complacerle empleando al inepto de su hermano para ayudar en la granja, cuando apenas pueden pagarle, y no le necesitan allí para nada. ¿Quiénes son los Dunlap?

—Viven a cerca de kilómetro y medio de la casa del tío Silas, tía Polly. Por allá todos los granjeros viven separados por un kilómetro y medio. Y Brace Dunlap es muchísimo más rico que los otros, y posee una porrada de negros. Es un viudo autoritario de treinta y seis años, no tiene niños, y está orgulloso de sus riquezas. Todo el mundo le tiene un poquitín de miedo, y se ponen a trabajar en serio para él, intentando seguir congraciándose con su lado bueno. A mi juicio, creyó que podría tener cualquier muchacha que quisiera con sólo pedirlo, y debió de sufrir un gran revés cuando se dio cuenta de que no podía conseguir a Benny. Es que Benny tiene la mitad de los años que Brace, y además es tan dulce y encantadora como…, bueno, ya la habéis visto. Pobre tío Silas…, pues es una lástima que tenga que estar intentando congraciarse de esa manera… ¡Tan pobre y con tantos apuros, y aun así, empleando a ese inútil de Júpiter Dunlap para complacer al malas pulgas de su hermano!

—¡Vaya un nombre, Júpiter! ¿De dónde lo ha sacado?

—Es sólo un apodo. Me parece que han olvidado su nombre verdadero hace mucho tiempo. Tiene ahora veintisiete años, y lo lleva desde la primera vez que fue a nadar en su vida. Cuando estaba desnudo, el profesor de la escuela le vio un lunar redondo y marrón, del tamaño de una moneda de diez centavos, en su pierna izquierda, por encima de la rodilla, y cuatro lunarcitos más pequeños a su alrededor, y dijo que aquello le recordaba a Júpiter y sus lunas; y los niños lo encontraron gracioso, así que empezaron a llamarle Júpiter, y aún le llaman de ese modo. Es alto, perezoso y ladino. También bastante cobarde y cuco, pero es un muchacho bueno por naturaleza, lleva cabellos largos y no tiene barba; tampoco tiene un centavo. Brace le hospeda por nada, y le da sus viejas ropas para vestirse, y también le desprecia. Júpiter es mellizo.

—¿Qué aspecto tiene el otro mellizo?

—Es exactamente igual a Júpiter…, eso dicen. O solía serlo; de todos modos nadie lo ha visto desde hace siete años. Se puso a robar cuando tenía diecinueve o veinte años, y lo encarcelaron; pero se escapó de la cárcel y huyó… hacia aquí, hacia el Norte, según parece. Dicen que había noticias de que andaba robando y atracando de vez en cuando, pero eso sucedió hace muchos años. Ya ha muerto. Al menos eso cuentan. Nadie ha vuelto a oír hablar más de él.

—¿Cómo se llamaba?

—Jake.

No dijimos nada más durante un buen rato; la vieja dama se quedó pensando. Por fin dijo:

—Lo que más preocupa a tu tía Sally es el malhumor que provoca en tu tío.

Tom estaba atónito, y yo también. Tom dijo entonces:

—¿Mal humor? ¿El tío Silas? Eso estaría bueno. ¡Debe de estar de broma! No sabía yo que tuviese *humor* de ninguna clase.

—Le ocasiona tremendos arranques de furia, dice tu tía Sally; dice que a veces actúa como si fuese en verdad a pegar al hombre.

—Tía Polly, eso es lo más increíble que he oído en mi vida. Pero si es más dulce que una papilla.

—Bueno, pues de todas maneras ella está preocupada. Dice que tu tío Silas parece otro hombre a causa de todos estos altercados. Y los vecinos hablan de ello, y le echan toda la culpa a tu tío, por supuesto, porque él es un predicador y sus asuntos no incluyen las peleas. Tu tía Sally dice que detesta subirse al púlpito pues está muy avergonzado; y la gente ha empezado a sentir indiferencia con respecto a él, y ya no es tan popular como solía ser.

—Bueno, pues ¿no resulta extraño, tía Polly? Porque era siempre tan bueno y amable y bobo y despistado y simplón y encantador… Bueno, ¡era un verdadero ángel! ¿Qué cree usted que pueda estarle pasando?

Capítulo 2

TUVIMOS una buena suerte descomunal, porque se nos presentó la oportunidad a bordo de un vapor de ruedas que venía del Norte con destino a uno de los pantanos o ríos de mala muerte camino de Louisiana, así que pudimos bajar todo el trayecto del alto Misisipi, y luego todo el camino del bajo Misisipi, hasta la granja de Arkansaw, sin tener que cambiar de vapor en St. Louis: poco nos faltó para recorrer unos mil seiscientos kilómetros de un solo tirón.

Un barco bastante solitario; no había más que unos pocos pasajeros, todos viejos amigos, que se sentaban reunidos, a mucha distancia, dando cabezadas y muy silenciosos. Tardamos cuatro días en salir del «alto río», porque encallábamos demasiado. Pero no fue nada aburrido. Por supuesto no podía serlo para unos muchachos que estaban de viaje.

Desde el primer momento, Tom y yo nos dimos cuenta de que había alguien enfermo en el camarote contiguo al nuestro, porque los camareros siempre llevaban allí dentro las comidas. De cuando en cuando preguntábamos por aquello —Tom lo hacía— y el camarero decía que se trataba de un hombre, pero que no parecía enfermo.

—Bueno, pero ¿no *está* enfermo?

—No lo sé; puede que sí, pero a mí me parece que sólo está fingiendo.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Pues porque, si estuviera enfermo, se quitaría las ropas en algún momento u otro, ¿no crees que lo haría? Bueno, pues éste no lo hace. Al menos, nunca se quita las botas.

—¡Vaya pícaro! ¿Ni siquiera para irse a la cama?

—No.

Tom Sawyer era siempre un forofo de los misterios. Si pusierais un misterio y un pastel delante de Tom y de mí, no tendríais que habernos dicho que escogiéramos: sería algo que se regularía por sí mismo. Porque, por naturaleza, yo habría ido corriendo hacia el pastel, en tanto que, también por naturaleza, Tom habría corrido siempre hacia el misterio. Las personas están creadas diferentes. Y ésa es la mejor manera de hacerlo. Tom dijo al camarero:

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Phillips.

—¿En dónde se embarcó?

—Creo que lo hizo en Alexandria, un poco más allá del límite de Iowa.

—¿Por qué crees que está fingiendo?

—No tengo ni idea…, no me he parado a pensarlo.

Aquí tenemos a otro que corre a por el pastel, me dije a mí mismo.

—¿Hay algo peculiar en él? ¿Su forma de actuar o su modo de hablar?

—No, nada, salvo que parece muy miedoso, y mantiene sus puertas con cerrojos

noche y día, y, cuando llamas, no te deja entrar hasta que por una rendija pueda ver quién es.

—¡Recórcholis! Es interesante. Tengo que echarle un vistazo. ¡Eh! La próxima vez que entres allí, ¿no crees que podrías abrir un poco más la puerta y…?

—¡Claro que no! Siempre está detrás de ella. Nos impediría seguir con el juego.

Tom se quedó pensando en el asunto y entonces dijo:

—Escucha un momento. Préstame tu delantal y déjame llevarle el desayuno mañana. Te daré un cuarto de dólar.

El muchacho accedió de muy buena gana, siempre que al camarero principal no le importase. Tom dijo que le parecía bien, ya que creía que podría ponerse de acuerdo con el principal, y así fue. Lo arregló de tal manera que ambos pudimos entrar vestidos con nuestros delantales llevando la comida.

Tom no durmió demasiado: estaba muy intrigado con entrar allí y descubrir el misterio de Phillips; más aún, estuvo toda la noche haciendo un sinfín de conjeturas sobre el asunto, que no sirvieron para nada, pues, si uno va a descubrir los hechos sobre algo, ¿qué sentido tiene adivinar los hechos y desperdiciar munición? Yo no perdí el sueño. Me importa un rábano lo que pase con Phillips, me dije a mí mismo.

Bueno, pues a la mañana siguiente, nos pusimos nuestros delantales y cogimos un par de bandejas y un carrito, y Tom llamó a la puerta. El hombre abrió sólo una rendija, y luego nos dejó entrar al camarote y cerró la puerta tras de sí rápidamente. ¡Por Jackson! Cuando le vimos, ¡por poco se nos caen las bandejas! Y Tom exclamó:

—¡Vaya! Júpiter Dunlap, ¿de dónde viene?

Bueno, el hombre estaba perplejo, por supuesto; y, en un primer momento, pareció no saber si asustarse, alegrarse, o ambas cosas a la vez, o ninguna de las dos, pero por fin decidió alegrarse; luego le volvieron los colores, pues al principio el rostro se le había puesto bastante pálido. Así que seguimos hablando todos mientras él tomaba el desayuno. Y el hombre dijo:

—Pero yo no soy Júpiter Dunlap. En seguida os contaré quién soy, si me juráis no decir ni pío, pues tampoco soy Phillips.

Tom le respondió:

—No diremos ni pío, pero no tiene necesidad de contarnos quién es si no es Júpiter Dunlap.

—¿Por qué?

—Porque, si usted no es él, entonces es Jake, el otro mellizo. Es la viva imagen de Júpiter.

—Bueno, soy Jake. Pero, oídme un momento, ¿cómo es que nos conocéis a nosotros, los Dunlap?

Tom le contó las aventuras que nos habían ocurrido allá en la granja de su tío Silas, durante el pasado verano; y, cuando se dio cuenta de que no había nada que no supiéramos de su familia —o de él mismo, llegado el caso—, se mostró más abierto, y continuó hablando con toda libertad y candidez. No nos ocultó nada acerca de su

propio caso; dijo que había tenido muy mala suerte, que aún continuaba teniéndola y que le parecía que seguiría teniendo flor de mala suerte hasta el final. Dijo que claro que le parecía que era una vida un poco peligrosa, y…

Hizo una especie de exclamación e inclinó la cabeza, como una persona que escucha. No dijimos nada, así que, durante un segundo o así, todo permaneció muy silencioso y luego no hubo más sonidos, salvo el crujido del maderamen y el resoplido de la maquinaria de abajo.

Luego lo tuvimos poniéndose cómodo de nuevo, contándole cosas de su familia, de cómo la esposa de Brace había muerto hacía tres años, y Brace deseaba casarse con Benny, y ella le rechazó, y Júpiter estaba trabajando para el tío Silas, y él y el tío estaban peleándose todo el tiempo… Entonces se relajó y se echó a reír.

—¡Demonios! —exclamó—. Este chismorreo es como estar otra vez en los viejos tiempos, y me hace bien. Hace más de siete años que no oigo algo como esto. ¿Cómo hablan de mí ahora?

—¿Quiénes?

—Los granjeros… y la familia.

—Pues, no hablan de usted en absoluto… Sólo le elogiaron una vez, hace ya mucho tiempo.

—¡Diablos! —dijo, sorprendido—. ¿Y eso por qué?

—Porque piensan que hace mucho tiempo que está usted muerto.

—¡No! ¿Hablas en serio?… Una reputación brillante, ahora…

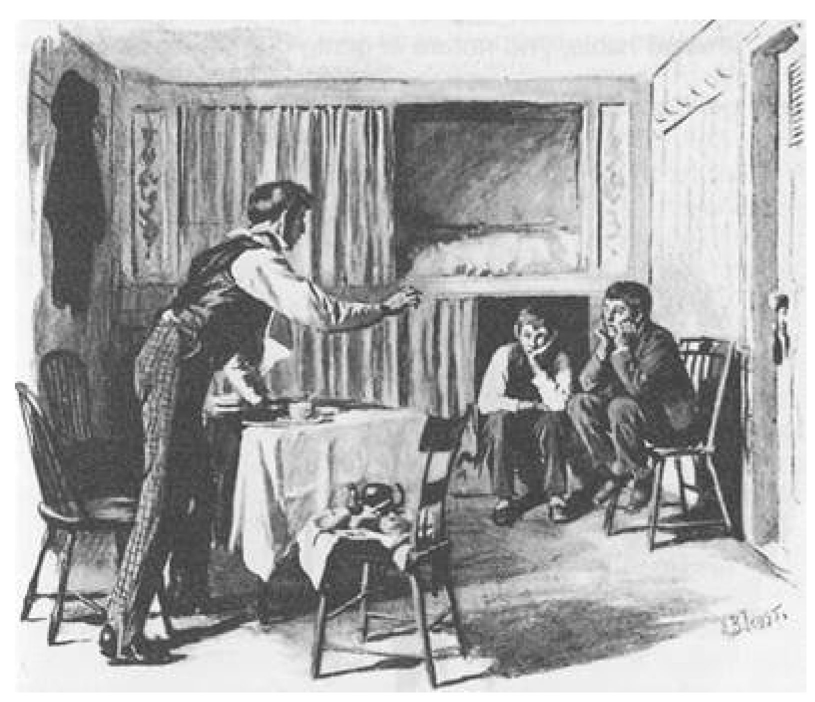
Dio un brinco de excitación.

—Una reputación brillante. No hay nadie que piense que está usted vivo.

—Entonces, estoy salvado… Estoy salvado, ¡seguro! Iré a casa. Ellos me esconderán y me salvarán la vida. Vosotros no digáis ni pío. Juradme que no diréis ni pío…, jurad que nunca, nunca hablaréis de mí. ¡Oh, muchachos, sed buenos con este pobre diablo que ha sido perseguido noche y día, y no da la cara! Nunca os he hecho ningún daño…, nunca os haré nada. ¡Por el Dios que está en los cielos…, jurad que seréis buenos conmigo y me ayudaréis a salvar la vida!

Habríamos jurado aunque hubiese sido un perro; y así lo hicimos. Bueno, no podría habernos querido más o habérnoslo agradecido más el pobre tipo; era todo lo que podía hacer para no comenzar a abrazarnos.

Seguimos hablando, sacó un pequeño bolso de mano y se puso a abrirlo, e indicó que nos diéramos la vuelta. Lo hicimos, y cuando nos dijo que nos volviéramos de nuevo, tenía un aspecto completamente diferente al que había tenido antes.



¡Jurad que seréis buenos conmigo y me ayudaréis a salvar la vida!

Tenía puestas unas gafas azules, los bigotes y las patillas largas de color marrón, y de una apariencia tan natural como jamás hayáis visto. Ni siquiera su propia madre le hubiera reconocido. Nos preguntó si ahora se parecía a su hermano Júpiter.

—No —dijo Tom—, no queda nada que se le parezca, a excepción del pelo largo.

—Muy bien, me lo cortaré al rape antes de llegar allí; entonces Júpiter y Brace me guardarán el secreto, y viviré con ellos como si fuese un extraño, y los vecinos nunca adivinarán que se trata de mí. ¿Qué os parece?

Tom se quedó pensando un momento, y luego dijo:

—Bueno, claro que Huck y yo no diremos ni pío allí, pero si usted mismo no mantiene la boca cerrada, habrá un poco de riesgo… No mucho, tal vez, pero sí un poco. Quiero decir que, si usted habla, ¿no notará la gente que su voz es exactamente igual a la de Júpiter, y se pondrían a pensar que, después de todo, el mellizo que ellos creen muerto podría haber estado escondido todo ese tiempo, bajo otro nombre?



¡Sonaba como si estuvieran montando un revolver!

—¡Por George! —exclamó Jake—. ¡Qué astuto eres! Tienes toda la razón. Tendré que fingir que soy sordo y mudo, cuando haya un vecino por los alrededores. Si hubiera llegado a casa, olvidándome de ese pequeño detalle… De todas maneras, no había pensado en volver a casa. Estaba buscando cualquier sitio donde poder librarme de los tipos que me persiguen; entonces iba a ponerme este disfraz y encontrar ropas un poco diferentes y…

Dio un salto hasta la puerta de salida y apoyó la oreja sobre ella para escuchar. Estaba pálido y jadeaba un poco. Al poco rato susurró:

—¡Sonaba como si estuvieran montando un revólver! ¡Señor, qué vida llevo!

Entonces se hundió en una silla, todo mustio y pocho, y se enjugó el sudor del rostro.

Capítulo 3

DESDE aquel momento, pasábamos con Jake la mayor parte del tiempo, y nos quedábamos a dormir por turnos en la litera que estaba encima de la suya. Nos contó que se había sentido muy solo, y que ahora le consolaba enormemente tener compañía y alguien con quien hablar en medio de todas sus tribulaciones. Sentíamos una tremenda curiosidad por saber cuál sería su secreto, pero Tom dijo que la mejor manera de saberlo era no mostrarse ansiosos, que ya caería él solo y nos lo confiaría en una de sus conversaciones, pero si continuábamos haciéndole preguntas, podría volverse suspicaz y encerrarse en su concha. Y eso fue lo que sucedió. No era difícil darse cuenta de que él *necesitaba* hablar sobre el asunto, pero en un primer momento, cuando lo tenía en la punta de la lengua, le daba miedo, y continuaba hablando de cualquier otra cosa. Aunque, finalmente, se atrevió a contárnoslo. Ocurrió así: Empezó a hacernos preguntas, aparentando indiferencia, acerca de los pasajeros que había en cubierta. Le hablamos de ellos. Pero no estaba satisfecho; no le ofrecíamos los detalles suficientes. Nos indicó que se los describiéramos mejor. Tom así lo hizo. Por fin, cuando Tom estaba describiendo uno de los individuos más gamberros y andrajosos, Jake se estremeció y dijo, jadeando:

—¡Oh, Dios mío! ¡Ése es uno de ellos! Seguro que están a bordo… ¡Lo sabía! Abrigaba la esperanza, si se le puede llamar así, de que se hubiera ido, pero nunca he creído en ella. Continúa.

En seguida, Tom comenzó a describir a otro sarnoso y rudo pasajero que había en cubierta, se estremeció de nuevo y dijo:

—¡Es él! ¡Ése es el otro! ¡Si tuviéramos siquiera una noche de oscura tormenta, y yo pudiera llegar a tierra! Ya lo veis, me han puesto espías. Consiguieron un permiso para llegar hasta aquí y comprar bebidas en el bar de proa, y buscaron la oportunidad de sobornar a alguien… al camarero, al maletero, a cualquiera, para que continuara vigilándome. Si consiguiera escabullirme hasta la orilla sin que nadie me viese, lo sabrían en menos de una hora.

Así continuó dando vueltas solo, y muy pronto comenzaría a hablar, ¡seguro! Iba a paso de tortuga por entre sus altibajos de ánimo, y llegó a un punto en que, sin más rodeos, se puso a hablar. Y nos dijo:

—Fue una estafa. La llevamos a cabo en una joyería de St. Louis. Lo que buscábamos era un par de nobles diamantes enormes, tan grandes como avellanas, a los que todo el mundo acudía a mirar. Estábamos vestidos elegantemente, y nos apoderamos de ellos a plena luz del día. Pedimos que nos llevaran los diamantes al hotel para ver si nos convenía comprarlos y, mientras los estábamos examinando, teníamos preparados unos diamantes de estrás[2], y *éstos* fueron los que devolvimos a la tienda, cuando dijimos que los diamantes no eran de tan buena calidad como para valer doce mil dólares.

—¡Doce mil dólares! —exclamó Tom—. ¿Cree que los diamantes valían todo ese dinero?

—Centavo a centavo.

—¿Y usted y sus compañeros se fugaron con ellos?

—Como si nada. Me parece que la gente de la joyería todavía no se ha dado cuenta de que han sido robados. Pero, claro, no hubiera sido prudente quedarse en los alrededores de St. Louis, así que nos pusimos a pensar para decidir adónde iríamos. Uno quería ir a un sitio, otro a otro; así que lo echamos a cara o cruz, y ganó el alto Misisipi. Envolvimos los diamantes en un papel, y escribimos nuestros nombres en el paquete; luego lo dejamos bajo la custodia del recepcionista del hotel, diciéndole que no se lo entregase, sin que los demás estuvieran también presentes para verlo; entonces nos fuimos al centro de la ciudad, cada uno por su lado… pues sospecho que todos teníamos la misma idea. No lo sé seguro, pero me parece que todos la teníamos.

—¿Cuál era esa idea? —preguntó Tom.

—Robar a los otros.

—¿Qué? ¿Que uno se los llevara todos después de haberse ayudado a robarlos?

—Seguramente.

Esto disgustó mucho a Tom, y dijo que era la cosa más rastrera y de peores pulgas que jamás hubiera oído. Pero Jake Dunlap dijo que aquello no era inusual en la profesión. Dijo que, cuando una persona estaba en esa clase de negocios, tenía que aprender a cuidar de sí mismo, pues nadie lo haría por él. Entonces continuó diciendo:

—Veréis, el problema era que dos diamantes no se podían dividir entre tres… Pero eso ya no importa, ya no *eran* tres. Anduve vagando por calles apartadas pensando y pensando. Me dije a mí mismo: «Acapararé todos esos diamantes para mí en la primera oportunidad que se me presente, tendré preparado un disfraz, y luego lograré zafarme de los muchachos, y cuando me encuentre a salvo, me pondré el disfraz, y entonces, que me encuentren si pueden». De manera que conseguí las patillas falsas, las gafas y este traje de campesino, y volví a buscar un maletín para meterlo todo; y, al pasar por una tienda donde se vendían toda clase de objetos, divisé a uno de mis compañeros a través de la ventana. Era Bud Dixon. Me sentía contento, podéis apostarlo. Me dije: «Voy a ver qué es lo que está comprando». Así que me agazapé, y me puse a observar. Bueno, pues ¿qué creéis que estaba comprando?

—¿Patillas? —pregunté yo.

—No.

—¿Gafas?

—No.

—¡Oh!, cállate, Huck Finn, ¿quieres? No haces más que ponerlo todo lo más difícil que puedes. ¿Qué fue lo que compró, Jake?

—No lo adivinaríais jamás. Solamente era un destornillador…, un destornillador

muy pequeñito.

—¡Válgame Dios! ¿Para qué querría él eso?

—Eso fue lo que yo también me pregunté. Era algo muy curioso. Realmente me dejó perplejo. Me dije a mí mismo: «¿Para qué querrá eso?». Bueno, pues cuando salió de la tienda, retrocedí para mantenerme fuera de su vista, y luego le seguí la pista hasta llegar a una tienda de objetos de segunda mano, y verle comprar una camisa de franela roja y algunas ropas hechas jirones…, precisamente como las que lleva ahora, según me lo habéis descrito vosotros. Entonces me dirigí hacia el puerto, y escondí mis bártulos en el barco que habíamos elegido para remontar el río. Fue entonces cuando tuve otro golpe de suerte. Vi al otro compañero nuestro aprovisionándose también de sus propias reservas de viejos y herrumbrosos cachivaches de segunda mano. Luego fuimos a buscar los diamantes y subimos a bordo.

Pero entonces estuvimos caminando toda la noche, pues no podíamos irnos a la cama. Teníamos que permanecer despiertos y vigilarnos unos a otros. Una lástima, eso es lo que era, una lástima tener esa clase de tensión entre nosotros, porque habíamos estado muy quisquillosos desde hacía dos semanas, y éramos amigos sólo para cuestiones de negocios. De todas maneras era un mal asunto, ya que veíamos que no había más que dos diamantes para repartir entre tres hombres. Lo primero que hicimos fue ir a cenar. Luego recorrimos la cubierta juntos, de arriba abajo, fumando hasta más de medianoche; entonces nos fuimos y nos sentamos en los camarotes, echamos el cerrojo a las puertas y miramos en el trozo de papel para ver si los diamantes estaban bien; luego los colocamos en la litera inferior de la derecha para tener una visión perfecta de ellos; permanecimos allí sentados, y así nos quedamos, hasta que al poco rato comenzó a resultarnos terriblemente difícil permanecer despiertos. Por fin Bud Dixon cayó muerto de sueño. Tan pronto como empezó a roncar de modo regular, y al parecer con muchas probabilidades de durar, y cuando ya tenía la barbilla apoyada sobre el pecho con miras a permanecer allí, Hal Clayton hizo una señal mirando en dirección a los diamantes y luego hacia la puerta exterior. Yo entendí. Alargué la mano y cogí el papel, y luego nos levantamos y esperamos sin hacer el menor movimiento. Bud ni siquiera se movió. Di la vuelta a la llave de la puerta de salida con toda suavidad y lentitud, luego di vuelta el perilla de la misma manera y nos fuimos de puntillas hacia el puesto de guardia, cerrando la puerta de manera muy suave y delicada.

No se movía un alma por ninguna parte, y el barco se deslizaba ligero y tranquilo, a través de las extensas aguas y la difuminada luz de la luna. No dijimos una sola palabra, pero nos fuimos directamente hacia el entrepuente, nos instalamos en la popa y permanecimos sentados allí, en el borde de la claraboya. Ambos sabíamos lo que eso significaba, sin necesidad de explicárnoslo el uno al otro. Bud Dixon se despertaría y echaría de menos el botín, y se vendría derecho a por nosotros, pues ese hombre no tenía miedo de nada ni de nadie. Vendría, y le arrojaríamos por la borda, o

moriríamos en el intento. Eso me hacía estremecer, porque yo no soy tan valiente como algunos, pero, si me mostraba cobarde… No, tenía que saber hacer algo mejor que eso. Tenía la esperanza de que el barco atracaría en alguna parte y que podríamos saltar a tierra para no tener que correr el riesgo de esa pelea. ¡Tenía tanto miedo de Bud Dixon! Pero íbamos en una chalana río arriba, y realmente no había oportunidad de que aquello ocurriera.

Bueno, el tiempo pasaba y pasaba, ¡y el tipo no llegaba! Esperamos hasta que el amanecer empezó despuntar, y Dixon seguía sin presentarse.

—¡Rayos! —dije yo—. ¿Qué piensas de esto?… ¿No resulta sospechoso?

—¡Demonios! —exclamó Hal—. ¿Crees que nos está tomando el pelo? ¡Abre ese papel!

Así lo hice, ¡y allí no había más que un par de trocitos de pan de azúcar! *Ésa* era la razón por la que podía quedarse allí sentado toda la noche y echarse un sueñecito tan tranquilo. ¿Que si anduvo listo? ¡Pues ya lo creo que sí! Dixon había tenido dos papeles, ya listos y preparados, y había puesto uno en lugar del otro, frente a nuestras mismísimas narices.



Nos levantamos y esperamos sin hacer el menor movimiento.

Nos sentimos bastante humillados. Así que el paso siguiente sería hacer un plan inmediatamente; y así lo hicimos. Envolveríamos otra vez el paquete, exactamente como había estado, lo pondríamos sobre la litera de nuevo y, fingiendo que no sabíamos nada del truco, que no teníamos ni idea de que Dixon se había estado riendo

de nosotros a nuestras espaldas con sus falsos ronquidos, nos quedaríamos pegados a él, y la primera noche que estuviéramos en tierra le emborracharíamos, le registraríamos, y cogeríamos lo diamantes; y acabaríamos con él también, si no resultaba demasiado arriesgado. Si conseguíamos el botín, tendríamos que cargárnoslo también; si no, nos perseguiría y él mismo acabaría con nosotros, seguro. Sin embargo, yo no tenía muchas esperanzas. Sabía que podríamos emborracharle…, siempre estaba listo para eso…, ¿pero de qué nos serviría? Podríamos registrarle durante un año y no encontraríamos nunca…

Bueno, fue en aquel mismo momento cuando contuve la respiración y se me interrumpió el pensamiento. Pues una idea invadió mi cabeza y rasgó mi cerebro hasta hacerlo harapos. Aunque…, ¡demonios!, me sentía alegre y bien. Veréis: me había quitado las botas, para que se deshincharan los pies, y justo entonces cogí una de ellas para calzármela, y eché un vistazo al fondo del tacón, y aquello me hizo contener la respiración. ¿Recordáis aquel diminuto destornillador?

—Puedes apostarlo —respondió Tom, excitadísimo.

—Bueno, pues, cuando eché un vistazo al fondo del tacón, la idea que se me cruzó por la cabeza fue: ¡Ya sé dónde ha escondido los diamantes! Mirad ahora el tacón de esta bota. ¿Veis? Está forrada con una chapa de acero, y va sujeta con pequeños tornillos. Ahora bien, ese tipo no tenía ningún tornillo en ninguna parte más que en los tacones de sus botas; así que, si necesitaba un destornillador, me parecía saber para qué.

—¡Huck! ¿No es magnífico? —exclamó Tom.

—Bueno, pues me puse las botas, bajamos, nos deslizamos dentro del camarote, y coloqué el papel con el pan de azúcar sobre la litera; y nos sentamos despacio y avergonzados a seguir oyendo roncar a Bud Dixon. Hal Clayton se quedó dormido muy pronto, pero yo no; nunca había estado más despierto en toda mi vida. Estaba espiando desde la sombra del ala de mi sombrero, buscando en el suelo un trozo de suela de zapato. Me llevó un largo rato, y comencé a pensar que tal vez mis conjeturas estaban equivocadas, pero por fin di con lo que buscaba. Estaba allí, cerca del mamparo, y era casi del mismo color de la alfombra. Era una pequeña tapa redonda, casi tan gruesa como la yema de vuestro dedo meñique, y dije para mis adentros: «Hay un diamante en la cueva de la que procedes». Antes de que pasara mucho rato, descubrí el compañero del trocito de suela.

¡Imaginaos la agudeza y la sangre fría de aquel charlatán! Nos había propuesto todo aquel asunto y razonado con nosotros acerca de lo que deberíamos hacer, había tramado el plan y nosotros lo seguimos a la perfección, como un par de zopencos. Él se sentó allí y se tomó su tiempo para desatornillar las chapas de sus tacones, para cortar sus suelas, esconder allí los diamantes y atornillar de nuevo las chapas. Permitió que le robásemos el falso botín y que le esperásemos toda la noche a que viniese por nosotros para que lo ahogásemos, y, ¡por George, que fue justamente eso lo que habíamos hecho! Yo creo que era un plan increíblemente astuto.

—¡Apostaría cualquier cosa a que sí lo era! —dijo Tom, lleno de admiración.

Capítulo 4

—BUENO, continuamos durante todo el día con la parodia de estar vigilándonos mutuamente; era un asunto bastante horrible y difícil de representar para nosotros dos, os lo aseguro. Al anochecer, tomamos tierra en uno de esos pueblecitos que hay en las márgenes del Missouri, camino hacia Iowa, y cenamos en la taberna; luego tomamos una habitación en el piso de arriba, que tenía un catre y una cama de matrimonio, pero yo puse mi bolso debajo de una mesa de madera de pino que había en el oscuro vestíbulo, mientras íbamos todos en fila a acostarnos; yo iba el último, en tanto que el patrón encabezaba la fila con una lámpara de sebo. Nos habíamos subido una botella de *whisky*, y nos pusimos a jugar a las siete y media por unos centavos, y tan pronto como el *whisky* comenzó a hacer efecto en Bud, nosotros dejamos de beber, pero no permitimos que él parase. Lo atiborramos de *whisky* hasta que se cayó redondo de la silla y se quedó tumbado en el suelo, roncando.

Entonces pusimos manos a la obra. Yo dije que lo mejor sería quitarnos las botas, y también las suyas, para no hacer ningún ruido; entonces podríamos tirar de él, arrastrarle y saquearle sin ningún problema. De manera que así lo hicimos. Coloqué mis botas y las de Bud, unas al lado de la otras, para que estuviesen a mano. Luego le desnudamos y registramos las costuras de sus ropas, los bolsillos, los calcetines y el interior de sus botas, todo, y también lo hicimos con su atado de ropa. Nunca encontramos los diamantes. Encontramos el destornillador, y Hal dijo:

—¿Para qué crees que necesitaba esto?

Yo le respondí que no lo sabía: pero, cuando se dio la vuelta, lo pillé. Por fin Hal pareció abatido y desanimado, y dijo que tendríamos que darnos por vencidos. Aquello era lo que yo había estado esperando. Entonces le dije:

—Hay un solo lugar en donde aún no hemos registrado.

—¿Qué lugar es ése?

—Su estómago.

—¡Cielos! Nunca había pensado en ello. Ahora sí que estamos en la recta final, con una certeza absoluta. ¿Cómo nos las arreglaremos?



Registramos las costuras de sus ropas, los bolsillos, los calcetines y el interior de sus botas.

—Bueno —dije yo—, no tienes más que quedarte con él, y yo saldré a buscar un *drugstore*[3], y creo que encontraré algo que consiga que esos diamantes se aburran de la compañía que están teniendo ahora.

Él dijo que eso era justo lo que necesitábamos, y con Hal mirándome directamente a los ojos, me puse las botas de Bud, en lugar de ponerme las mías, y él no se dio cuenta. Eran ligeramente más grandes, pero eso era bastante mejor que si hubiesen sido demasiado pequeñas. Cogí mi bolso mientras salía a tientas por el vestíbulo, y en menos de un minuto, estaba camino de regreso, hasta alcanzar la senda del río, a un trote de ocho kilómetros por hora.

Tampoco me sentía demasiado mal… Caminar sobre diamantes no produce tal efecto. Cuando ya llevaba quince minutos de marcha, me dije a mí mismo que había dejado atrás más de un kilómetro y medio y todo estaba tranquilo. Cinco minutos más, y me digo: «Ya hay bastante más tierra a mis espaldas, y también un hombre que he dejado atrás y que habrá comenzado a preguntarse cuál será el problema». Otros cinco minutos más, y me digo: «Ya estará sintiéndose realmente incómodo. Habrá comenzado a dar vueltas por el cuarto». Otros cinco, y volví a decirme que ya había dejado atrás más de tres kilómetros, y que el hombre estaría terriblemente inquieto y «habrá empezado a soltar tacos», me imagino. En seguida habrán pasado otros cuarenta minutos… «¡Ahora ya sabe que hay gato encerrado!». Cincuenta minutos… «¡La verdad ahora le aplasta! Se da cuenta de que encontré los diamantes mientras estábamos registrando a Bud, y me los guardé en el bolsillo sin decirle nada… Sí, habrá salido para darme caza. Rastreará huellas recientes en el polvo y ellas le

llevarán lo mismo río abajo que río arriba».

Justo entonces, vi a un hombre venir andando en una mula, y antes de que pudiera pensar en ello, me agazapé entre los matorrales. ¡Fue una estupidez! Cuando llegó hasta donde yo estaba, se detuvo y esperó un momento hasta para que yo saliera; luego echó a andar de nuevo. Pero ya nunca más volví a estar alegre. Dije para mis adentros: «He estropeado mis oportunidades de escapar al hacer eso. Seguro que sí, si es que ese tipo se encuentra con Hal Clayton».

Bueno, pues a eso de las tres de la madrugada acabé en Alexandria, y me sentí muy contento al ver al vapor de ruedas fondeado allí, porque entonces me sentí a salvo, como comprenderéis. Estaba despuntando el día. Subí a bordo y tomé este camarote, me puse estas ropas y me fui hasta la caseta del piloto para vigilar, aunque no me pareció que hubiese ninguna necesidad de ello. Me senté allí a jugar con mis diamantes, y esperé, y esperé hasta que el barco zarpara, pero no lo hizo. Veréis, estaban arreglándole la maquinaria, pero yo no sabía nada de ello, ya que no estoy muy acostumbrado a viajar en barcos de vapor.

Bueno, para acortar esta historia, no zarpamos de allí hasta bien entrada la tarde; y hacía ya mucho rato que yo me hallaba escondido en este camarote; pues antes del desayuno había visto venir a un hombre desde lejos, que tenía el mismo modo de andar de Hal Clayton, y me sentí despavorido. Me dije: «¡Es él, estoy seguro! Si descubre que estoy a bordo, me va a cazar como a una rata en una ratonera. Y todo lo que tendrá que hacer será tenerme vigilado y esperar…, esperar a que baje a tierra pensando que él estará a miles de kilómetros de distancia; entonces me perseguirá y me acosará hasta llevarme a un sitio conveniente, y hará que le entregue los diamantes, y entonces él…». ¡Oh, yo sé lo que hará! ¿No resulta espantoso? ¡Es horrible! Y pensar que ahora *el otro* está a bordo también. ¡Oh! ¿No es una suerte perra, chavales? ¿No es una suerte perra? ¡Oh, muchachos, sed buenos con este pobre diablo que se ve perseguido de muerte y salvadme…! ¡Yo besaré el suelo que pisáis!

Nos tocó el turno de hablar a nosotros, y le tranquilizamos, diciéndole que ya planearíamos algo para ayudarle y que no había necesidad de que tuviese tanto miedo; y de esa manera, poco a poco fue sintiéndose algo mejor otra vez. Entonces quitó los tornillos de las chapas de los tacones de sus botas, nos mostró los diamantes por todos lados, admirándolos y mimándolos; y cuando les daba la luz, no había duda, eran muy hermosos, pues parecía que iban a quebrarse, haciendo que estallase fuego por todas partes. Pero, al mismo tiempo, me pareció que ese hombre era un idiota. Si yo hubiese estado en su lugar, habría dado los diamantes a mis compinches, y les hubiese dejado llegar a tierra y que a mí me dejasen en paz. Pero él estaba hecho de otra pasta. Dijo que los diamantes representaban una gran fortuna y que no podía soportar la sola idea de perderla.

Nos detuvimos dos veces para arreglar la maquinaria y estuvimos fondeados durante largo rato, una vez durante la noche; pero no estaba lo suficientemente oscuro y Jake tenía miedo de saltar a tierra. Pero la tercera vez que nos detuvimos, se

presentó la mejor ocasión más oportuna. Paramos en un astillero campestre, a unos sesenta y cuatro kilómetros de la granja del tío Silas, poco después de la una de la madrugada, y el cielo se estaba encapotando, presagiando una tormenta. Entonces Jake vio la oportunidad para saltar. Comenzamos a recoger madera. Muy pronto la lluvia comenzó a caer torrencialmente, y el viento soplaba con fuerza. Por supuesto, cada tripulante del barco se las arregló con un saco para ponérselo en la cabeza a modo de bonete, tal como suele hacerse cuando van a acarrear madera. Conseguimos uno para Jake y él se deslizó a popa con su bolso y caminó pesadamente hacia adelante, donde estaba el resto de los hombres. Tenía el mismo aspecto que los demás, y saltó a tierra con ellos. Cuando le vimos dejar atrás la luz del grupo que llevaba las antorchas, y que había sido tragado por la oscuridad, recobramos de nuevo el aliento y nos sentimos agradecidos y llenos de alegría. Pero no nos duró mucho tiempo. Alguien debió de haber dado el soplo, según creo; pues al cabo de ocho o diez minutos, los dos compinches aparecieron corriendo, saltaron a tierra y salieron disparados tras él. Esperamos hasta bien entrado el amanecer a ver si volvían, y esperábamos que lo hicieran, pero aquello nunca ocurrió. Nos daba una pena espantosa y teníamos el ánimo por los suelos. Toda la esperanza que abrigábamos era que Jake hubiese emprendido tal carrera, que sus compinches no pudiesen seguirle, y él pudiera llegar hasta la granja de su hermano, y esconderse allí, y ponerse a salvo.

Iba a tomar el camino del río, y nos dijo que averiguásemos si Brace y Júpiter estaban en casa, y si había allí gente extraña, y que saliésemos luego de la puesta del sol, para decírselo. Dijo que nos esperaría en un pequeño bosquecillo de sicomoros que estaba justo detrás del tabacal que poseía el tío Silas, en la ladera del río, un lugar muy solitario.



Saltó a tierra.

Nos sentamos y estuvimos hablando durante un largo rato, acerca de sus oportunidades de escapar, y Tom dijo que todo estaría bien, si sus compinches remontaban el río en vez de bajarlo; pero esto no parecía muy posible, porque tal vez ellos supiesen de dónde provenía él. Lo más probable sería que ellos fuesen por el

camino recto, y lo rastreasen durante todo el día, sin que Jake sospechase nada, y lo matasen al anochecer, quitándole las botas. Así que estábamos bastante afligidos.

Capítulo 5

NO consiguieron ajustar la maquinaria hasta bien avanzada la tarde, y tan cerca ya del anochecer, que cuando nos fuimos a casa no nos detuvimos por el camino, sino que hicimos un alto en los sicomoros, tan de prisa como pudimos, para contarle a Jake cuál había sido la causa de nuestra demora, y mantenerle allí esperando, hasta que pudiésemos llegar a casa de Brace y averiguar cómo estaban las cosas allí. Estaba oscureciendo mucho para cuando pudimos dar la vuelta hacia el bosque. Íbamos sudorosos y jadeantes con aquella larga carrera, cuando vimos los sicomoros a treinta metros por delante de nosotros; y fue justo entonces cuando vimos a un par de hombres correr y meterse en el bosquecillo, y oímos dos o tres terribles gritos de socorro. «Pobre Jake, seguro que lo han matado», dijimos. Estábamos cada vez más asustados, y salimos corriendo hacia el tabacal y allí nos escondimos, temblando tanto, que a duras penas nuestras ropas podían mantenerse en su sitio; y en el preciso momento en que nos agazapábamos, dos hombres salieron disparados, y también penetraron en el bosquecillo; un segundo más tarde, saltaron fuera de él cuatro hombres y llegaron hasta el camino, corriendo tan de prisa como podían, un par de ellos tras el otro par.

Nos tumbamos en el suelo, medio débiles y mareados, y prestamos más atención por si se oían más ruidos, pero durante un buen rato no oímos nada, sólo el latido de nuestros corazones. Estuvimos imaginándonos qué cosa horrible estaría tirada allá en los sicomoros, y parecía como si estuviésemos cerca de un fantasma, y eso me daba unos tremendos escalofríos. Una luna fantástica se alzaba ya desde el suelo, sorprendentemente grande, redonda y brillante, detrás de un grupo de árboles, como un rostro mirando a través de las rejas de la cárcel, y las negras sombras y los sitios iluminados comenzaron a deslizarse sigilosamente alrededor de nosotros, y todo estaba lamentablemente tranquilo y sosegado, soplaba la brisa en la noche, y el paisaje tenía un aspecto aterrador y sepulcral. De repente, Tom dijo en un susurro:

—¡Mira! ¿Qué es aquello?

—¡No lo hagas! —le dije—. No vuelvas a asustar a la gente de esa manera. De todos modos, estoy a punto de morirme sin que hagas eso.

—Mira, te digo. *Algo* está saliendo desde los sicomoros.

—¡*No lo hagas*, Tom!

—¡Es espantosamente alto!

—¡Oh, Señor, Señor, acógenos…!

—¡Cállate! Viene hacia aquí.

Tom estaba tan excitado que a duras penas podía mantener el aliento para susurrar. Tuve que mirar, no pude evitarlo. De manera que allí estábamos ahora, arrodillados, con las barbillas sobre una valla de tren, mirando fijamente…, sí, y también jadeando. Venía bajando por el camino…, venía a la sombra de los árboles, y no se le podía ver bien; no hasta que se situó muy cerca de nosotros; se detuvo

entonces, al penetrar en un brillante manchón de luz de luna, y nosotros nos agazapamos casi debajo de nuestras propias huellas… ¡Era el fantasma de Jake Dunlap! Eso fue lo que nos dijimos.

No pudimos movernos durante uno o dos minutos; luego se marchó. Hablamos sobre ello en voz baja. Tom dijo:

—Los fantasmas son, en su mayoría, turbios y humeantes, como si estuviesen hechos de niebla, pero éste no era así.

—No —dije yo—. Vi las patillas y las gafas con toda claridad.

—Sí, y los mismos colores en aquéllas ropas de campesino de domingo… calzones escoceses, verdes y negros…

—Chaleco de pana, de color rojo fuego con cuadros amarillos…

—Tirantes de cuero hasta el borde de las perneras de los calzones y uno de ellos colgando desabrochado…

—Sí, y aquel sombrero…

—¡Vaya sombrero para un fantasma!

Veréis, era la primera temporada en que se llevaba aquella clase de sombreros… con un ala tiesa y una especie de tubo de estufa negro, muy alto, nada suave, con una punta redonda… exactamente igual que un pan de azúcar.

—¿Te fijaste si su cabello era el mismo, Huck?

—No… Me pareció que sí, pero luego ya no.

—Yo tampoco me fijé, pero tenía el bolso consigo, eso sí lo he notado.

—Yo también. Entonces, ¿cómo puede haber un bolso fantasma, Tom?

—¡Shhh! Yo en tu lugar, no sería tan ignorante, Huck Finn. Cualquier cosa que tenga un fantasma, se transformará en una cosa fantasmal. Deberán tener sus propios objetos, como cualquiera. Ya has visto tú mismo que sus ropas se transformaron en materia fantasmal. Bueno, pues entonces, ¿qué impide que su bolso se haya convertido en algo fantasmal también? Por supuesto que lo ha hecho.



¡Era el fantasma de Jake Dunlap!

Eso sonaba muy razonable. No pude encontrar ninguna falta en él. Bill Withers y su hermano Jack venían juntos, charlando, y Jack dijo:

—¿Qué te parece que era lo que llevaba?

—No sé; pero era bastante pesado.

—Sí, todo lo que podía llevar. Creo que era un negro robando maíz al viejo párroco Silas.

—Yo también. De modo que dejé que creyera que no le había visto.

—¡Así lo hice yo también!

Ambos se echaron a reír, y se pusieron fuera del alcance de nuestros oídos. Eso demostraba lo impopular que se había vuelto el tío Silas ahora. Nadie dejaría que un

negro robara el maíz de alguien, sin hacerle nada.

Oímos algunas voces más, murmurando en dirección a nosotros, haciéndose cada vez más audibles, y algunas veces también una carcajada. Eran Lem Beebe y Jim Lane. Jim Lane dijo:

—¿Quién? ¿Júpiter Dunlap?

—Sí.

—No lo sé. Me pareció. Le vi cavando un poco de tierra hace como una hora, justo antes del atardecer… a él y al párroco. Dijo que le parecía que no podría ir esta noche, pero que podríamos coger al perro si lo necesitábamos.

—Está demasiado cansado, me parece.

—Sí… ¡Trabaja tanto!

—¡Oh, claro!

Y se echaron a reír a carcajadas ante aquel comentario, y prosiguieron su camino. Tom dijo que sería mejor que saliéramos y los siguiéramos, pues llevaban nuestro camino, y no sería muy agradable toparnos con el fantasma nosotros solos. De manera que así lo hicimos, y llegamos muy bien a casa.

Aquella noche, era el dos de septiembre…, un sábado. Nunca la olvidaré. Ya veréis muy pronto por qué.

Capítulo 6

ECHAMOS a andar detrás de Jim y Lem, hasta llegar a los escalones posteriores de la cerca de la cabaña en la que el viejo Jim había estado cautivo, cuando le concedimos la libertad[4]; aquí llegaban los perros, arremolinándose alrededor de nosotros, para decirnos ¡hola!, y también había luces encendidas en la casa, de modo que ya no sentíamos miedo, pero, cuando íbamos a trepar la cerca para pasar al otro lado, Tom dijo:

—¡Espera! Siéntate aquí un momento. ¡Por George!

—¿Qué pasa? —dije yo.

—Pasa bastante —respondió él—. ¿No esperabas acaso que fuésemos nosotros los primeros en contar a la familia, a quién habían matado más allá de los sicomoros, además de todo acerca de los tunantes que lo han hecho, y sobre los diamantes que le han quitado al cadáver, adornarlo todo bellamente y tener la gloria de haber sido los únicos que conocen la historia, mucho mejor que cualquier otro?

—Vaya, pues claro que sí. No serías tú mismo, Tom Sawyer, si dejaras pasar tal oportunidad. Me parece que el relato no sufrirá precisamente por falta de adornos, cuando empieces a festonear los hechos —respondí yo.

—Pues, ahora —prosiguió, con perfecta calma— ¿qué contarías tú, si yo te dijera que no pienso poner manos a la obra en absoluto?

Yo estaba perplejo de oírle hablar de aquella manera. Así que le dije:

—Diría que es mentira. No hablas en serio, Tom Sawyer. —Pronto lo verás. ¿El fantasma estaba descalzo?

—No, no lo estaba. ¿Y qué hay con eso?

—Espera… Ahora te lo demostraré. ¿Tenía las botas puestas?

—Sí. Las vi claramente.

—¿Lo juras?

—Sí, lo juro.

—Yo también. Ahora, veamos, ¿sabes lo que eso significa? —No. ¿Qué significa?

—Significa que los ladrones no *pudieron quedarse con los diamantes*.

—¡Recórcholis! ¿Qué te hace suponer eso?

—No lo supongo. Lo sé. ¿Acaso los calzones, las gafas, las patillas, el bolso, y cada bendita cosa no se convirtieron en algo fantasmal? Todo se transformó, ¿no es verdad? Eso demuestra, que la razón por la cual las botas también lo hicieron fue que aún las llevaba puestas cuando salió a merodear por allí, y si ésa no es una prueba de que los granujas no se llevaron las botas, me gustaría saber a qué *llamarías* tú una prueba.



¿El fantasma estaba descalzo?

Pensad en ello ahora. Nunca he visto una sesera como la de este muchacho. Pues yo también tenía ojos, y podía ver cosas, pero ellas nunca adquirían un significado para mí. Pero con Tom Sawyer eso era diferente. Cuando Tom Sawyer ve una cosa, es como si ésta se levantara sobre sus patas traseras y *le hablara…*, contándole todo lo que sabía. Nunca he visto sesera igual.

—Tom Sawyer —dije yo—, lo diré de nuevo, como le he dicho muchas otras veces: No sirvo ni para darle betún negro a tus botas. Pero eso está bien… y, aunque no viene al caso, Dios Todopoderoso, que nos creó a todos, ha dado a algunos unos ojos ciegos, y a otros, ojos que ven, y me parece que no es asunto nuestro saber para qué lo ha dispuesto así; así está muy bien, o lo habría hecho de otra manera. Continúa… Ya lo veo muy claramente: esos ladrones se fueron sin los diamantes. ¿Por qué crees que no se los llevaron?

—Porque les dieron caza los otros dos, antes de que pudiesen quitar las botas del cadáver.

—¡*Eso* es! Ya me doy cuenta. Pero oye, Tom, ¿por qué no vamos y lo contamos todo?

—¡Oh, caramba, Finn!, ¿es que no comprendes? Fíjate bien. ¿Qué es lo que va a ocurrir ahora? Se llevará a cabo una investigación por la mañana. Los dos hombres

contarán que oyeron los gritos y que salieron a toda prisa para llegar precisamente a tiempo de no salvar al desconocido. Entonces el jurado hablará bobadas y más bobadas y, por fin, llegarán a un veredicto en el concluirán que al infeliz le habrían pegado un tiro, o le darían una puñalada, o un mamporrazo en la cabeza con algo, y halló la muerte por inspiración divina. Y después de que lo hayan enterrado, rematarán sus bienes para pagar las expensas, y entonces se presentará *nuestra* oportunidad.

—¿Cómo, Tom?

—¡Compraremos las botas por dos dólares!

Bueno, aquello casi me cortó la respiración.

—¡Demonios, Tom! ¡*Nosotros* nos haremos con los diamantes!

—Puedes apostarlo. Algún día se ofrecerá una gran recompensa por ellos…, veinte mil dólares, seguro. ¡Ese dinero será nuestro! Ahora, al trote, entremos a ver a nuestra familia. Y cuídate de decir que no sabemos nada sobre ningún asesinato, ni diamantes, ni ladrones… ¡Olvídate de todo!

Tuve que suspirar un poco por el modo como Tom arregló las cosas. Yo vendería los diamantes por doce mil dólares, sí señor, por doce mil dólares; pero no dije una palabra. No hubiese servido de nada. Entonces pregunté:

—¿Pero qué es lo que vamos a decirle a tu tía Sally, para explicarle que hemos tardado tanto en llegar hasta el pueblo, Tom?

—Oh, eso te lo dejaré a ti —respondió—. Supongo que podrás explicarlo de alguna manera.

Tom era siempre tan estricto y delicado. Él mismo nunca hubiese contado una mentira.

Atravesamos el gran patio, fijándonos en esta cosa y en aquella otra, que nos resultaban tan familiares y que tan contentos estábamos de ver de nuevo; y cuando llegamos al amplio pasadizo cubierto, que se encontraba entre la casa de troncos dobles y la cocina, todo estaba colgando de las paredes, como solía estar, incluso la bata de franela con capucha que utilizaba el tío Silas para trabajar, vieja y descolorida de verde, con ese parche blanco hecho jirones, que siempre parecía como si alguien le hubiese dado con una bola de nieve; luego levantamos el pestillo y entramos. La tía Sally iba a toda prisa, de un sitio para otro, hecha una furia, los niños estaban apiñados en un rincón y el anciano acurrucado en el otro, pidiendo ayuda al cielo, en caso de necesidad. Ella salió corriendo hacia nosotros, llena de alegría y con lágrimas corriéndole por la cara, nos dio sendos y soberanos sopapos, luego nos besó, nos abrazó, y nos sopapeó otra vez, y parecía no cansarse de ello, estaba tan feliz de vernos; y entonces dijo:

—¿Dónde habéis estado haciendo el vago, inútiles, buenos para nada? He estado preocupada por vosotros, no sabía qué hacer. Vuestros bártulos están aquí desde hace una *eternidad*, y he preparado la cena por lo menos cuatro veces, para que pareciese recién guisada y que estuviera caliente y buena para cuando lleguéis, hasta que mi

paciencia se acabó por completo, y yo os aseguro que… yo…, ¡yo os desollaría vivos! Estaréis muertos de hambre, ¡pobres criaturitas! Sentaos. Sentaos todos, no perdamos más tiempo.

Resultaba estupendo estar allí de nuevo, ante todo aquel noble pan de maíz, ante aquellas costillas, y ante todo lo que pudierais desear en este mundo. El viejo tío Silas se puso a rezar una de sus más ridículas bendiciones de antaño, con tantas capas como las de una cebolla y, mientras los ángeles eran arrastrados por la mansedumbre de la plegaria, yo estaba intentando pensar en qué diríamos para explicar nuestra tardanza. Cuando todos los platos estuvieron rebosantes de comida, y empezábamos a atacarla, la tía Sally nos preguntó, y yo le dije:

—Bueno, verá…, er…, señora…

—¡Huck Finn! ¿Desde cuándo soy *señora* para ti? ¿Alguna vez he sido tacaña con los cachetes o los besos contigo, desde el día en que pusiste los pies en esta habitación y yo te creí Tom Sawyer, y bendije a Dios por haberte enviado, aunque luego me dijiste cuatro mil mentiras, y yo te creí cada una de ellas como una bobalicona? Llámame tía Sally… como siempre lo has hecho.

De manera que así lo hice, y le dije:

—Bueno, a Tom y a mí nos pareció bien venir caminando juntos y sentir el aroma del bosque, entonces nos encontramos con Lem Beebe y Jim Lane, y ellos nos pidieron que los acompañásemos esta noche a coger zarzamoras; dijeron que podían tomar prestado el perro de Júpiter, porque en ese mismo momento él les había dicho que…

—¿Dónde lo habían visto? —preguntó el anciano.

Y, cuando levanté los ojos para ver por qué motivo le podría interesar una cosa tan insignificante como ésa, sus ojos lanzaban chispas, tal era su ansiedad. Aquello me sorprendió tanto que casi logra confundirme, pero me repuse de nuevo y le dije:

—Fue cuando estaba cavando con usted, a eso de la puesta del sol, más o menos.

Él sólo respondió:

—¡Hum! —de un modo un tanto contrariado, y dejó ya de interesarse, por lo que continué:

—Bueno, pues entonces, como iba diciendo…

—Eso ya basta, no necesitas contar más.

Ésa había sido la tía Sally, que clavaba la vista en mí, muy indignada.

—Huck Finn —dijo—, ¿cómo es que esos hombres estaban hablando de coger zarzamoras en septiembre…, en *esta* región?

Vi que había metido la pata, y no pude decir una sola palabra. Ella esperó, mientras continuaba mirándome fijamente, y dijo:

—¿Y de qué modo se les ocurrió esa idea idiota de ir a coger zarzamoras de noche?

—Bueno, señora, ellos…, er…, nos dijeron que tenían una linterna, y…

—¡Oh, cállate…, cállate ya! Espera un momento, ¿qué iban a hacer con un perro?

¿Cazar zarzamoras con él?

—Yo creo que… mm…, ellos…

—Ahora bien, Tom Sawyer, ¿qué clase de mentira estás tramando en *tu* boca, para contribuir a todo este lío de desatinos? ¡Habla! Pero te prevengo, antes de que comiences, de que no creeré una palabra de lo que digas. Tú y Huck habéis estado metidos en algo que no os corresponde…, lo sé perfectamente. Os conozco a *los dos*. Ahora vais a explicarme lo de ese perro, y las zarzamoras, y la interna, y el resto de esa patraña… y más vale que me lo digáis a las claras, como las de los huevos[5]. ¿Me habéis oído?

Tom fingió estar muy ofendido, y dijo, muy digno:

—Es una lástima que hablase a Huck de esa manera, sólo por caer en algunas pequeñas equivocaciones más que las que cualquiera hubiese cometido.

—¿Qué equivocaciones son ésas?

—Bueno, pues sólo decir zarzamoras, cuando en realidad quiere decir fresas.

—Tom Sawyer, te aseguro que si me sacas de quicio un poco más, yo…

—Tía Sally, sin saberlo (y por supuesto, sin intención) está usted en un error. Si hubiese estudiado historia natural como debería, sabría que en todo el mundo, salvo justo aquí en Arkansaw, *siempre* se sale a cazar fresas con un perro… y una linterna…

Pero ella estalló en ira, y se puso como una fiera hasta agobiarle. Estaba tan furiosa que no podía pronunciar las palabras lo suficientemente rápido, entonces las decía a borbotones, en un torrente continuo. Eso era lo que Tom Sawyer estaba esperando. Le permitiría ponerse frenética y luego dejarla sola para que se le pasara. Entonces ella se vería tan fuera de sí con el asunto, que no volvería a decir ni una sola palabra acerca de él, ni permitiría que nadie la dijese. Bueno, eso fue precisamente lo que ocurrió. Cuando ella se quedó agotada y tuvo que frenarse, Tom le dijo, muy calmado:

—Y sin embargo, tía Sally, de todos modos…

—¡Cállate ya! —exclamó ella—. No quiero oír una palabra más.

Así que estábamos perfectamente a salvo, y ya no volvimos a tener ningún problema con el asunto de la tardanza. Tom lo había resuelto con toda elegancia.

Capítulo 7

BENNY tenía una expresión bastante seria, y suspiraba un poco de vez en cuando; pero muy pronto comenzó a preguntar por Mary, por Sid, y por la tía de Tom, Polly. Entonces se disiparon las nubes de tía Sally, se puso de buen humor, uniéndose a las preguntas, y mostrando su yo más encantador. De este modo, el resto de la cena discurrió alegre y placenteramente. Pero el anciano difícilmente se enteraba de algo, estaba distraído e intranquilo, suspirando considerablemente; se le rompía a uno el corazón de verle tan triste, tan inquieto y preocupado.

Poco después de cenar llegó un negro y llamó a la puerta; entonces asomó la cabeza, haciendo reverencias y frotando un viejo sombrero de paja que tenía en la mano. Dijo que su amo Brace estaba fuera, junto a la cerca, y quería ver a su hermano, que estaba cansado de esperarle a cenar, y si el amo Silas tendría la bondad de decirle dónde estaba. Nunca había visto al tío Silas tan cascarrabias como en aquel momento. Le contestó muy ásperamente:

—¿Acaso soy yo el guardián de su hermano[6]? En seguida se puso todo mustio, y parecía no querer haber hablado de esa forma, entonces continuó, muy amablemente: —Pero no tienes por qué decirle eso, Billy. Me has cogido de sorpresa y estoy un poco irritable, no me encuentro muy bien estos días y no hay que hacerme mucho caso. Dile que su hermano no está aquí.

Y cuando el negro se marchó, él se puso de pie y comenzó a pasear de arriba abajo, murmurando y refunfuñando para sí, pasándose las manos por el pelo. Era una verdadera lástima verle así. Tía Sally nos dijo en un susurro que no le hiciésemos caso, que eso le hacía sentirse muy incómodo. Nos dijo que él estaba pensando constantemente, desde que comenzaron los problemas; nos dijo también que ella creía que él no sabía ni la mitad de lo que hablaba cuando le daba por pensar; también nos contó que caminaba sonámbulo mucho más de lo acostumbrado, y a menudo daba vueltas por la casa y también por los aledaños estando dormido, y que debíamos dejarle en paz y no molestarle. Nos dijo también que suponía que aquello no le haría daño, y que quizá hasta le hiciera bien. Nos contó que Benny era la única que podía serle de gran ayuda en aquellos días. Sólo Benny parecía capaz de saber cuándo tranquilizarle y cuándo dejarle tranquilo.

Así que siguió refunfuñando y caminando pesadamente de arriba abajo, hasta que, al cabo de un rato, comenzó a sentirse cansado; entonces Benny se acurrucó a su lado, colocó su mano en la de él y un brazo alrededor de su cintura, y caminó con él; entonces él le sonrió, y luego se acercó a ella y la besó; y así, poquito a poco, la angustia desapareció de su rostro, y ella le convenció de que se fuese a su habitación. Eran muy cariñosos el uno con el otro, y la escena resultaba bastante singular.

Tía Sally estaba atareada preparando a los niños para irse a la cama; así que la cosa empezó a ponerse sosa y aburrida, y Tom y yo salimos a dar un paseo a la luz de

la luna, y llegamos hasta una parcela de sandías, nos comimos una, y luego charlamos durante largo rato. Y Tom dijo que apostaba a que toda la discusión era culpa de Júpiter, y que él estaría cerca en cuanto se le presentara la primera oportunidad para comprobarlo; si era así, haría todo lo posible para que el tío Silas pensase en otra cosa.

Y así seguimos hablando, fumando y atiborrándonos de sandía durante unas dos horas; entonces se hizo bastante tarde, y cuando volvimos a casa todo estaba tranquilo y oscuro, y ya todo el mundo se había ido a la cama.

Tom siempre lo veía todo; ahora se había dado cuenta de que la vieja bata verde había desaparecido, y que estaba allí cuando nos habíamos salido, y eso nos pareció un hecho curioso; luego nos fuimos a la cama.

Pudimos oír a Benny moviéndose agitadamente por su habitación, que se encontraba próxima a la nuestra, pensamos que debía de estar muy preocupada por su padre, y que no podía dormir. Nos dimos cuenta de que nosotros tampoco podíamos. Así que permanecimos durante largo rato sentados, fumando y hablando en voz baja, y nos sentíamos muy tristes y desmoralizados. Hablamos del asesinato y del fantasma una y otra vez, y nos empezó a dar tal horror y espanto, que ya no podíamos dormir de ninguna manera.



Y así seguimos hablando, fumando y atiborrándonos de sandía.

Al poco rato, cuando era ya muy tarde y todos los sonidos eran tardíos y solemnes, Tom me golpeó suavemente con el codo y me susurró que mirase. Yo lo hice, y vi a un hombre merodeando por el patio, como si no supiese qué quería, pero había muy poca luz, y no podíamos verle bien. Entonces se dirigió hacia la cerca, y

mientras él hacía eso, salió una luna majestuosa, y vimos que llevaba una pala de mango largo sobre uno de sus hombros; entonces divisamos el parche blanco en su vieja bata de trabajo. Así que Tom dijo:

—Está sonámbulo. ¡Ojalá pudiéramos seguirle y ver adónde va! Mira, ha dado la vuelta al tabacal. Ahora se ha perdido de vista. Es una verdadera lástima que no pueda descansar mejor.

Esperamos durante un largo rato, pero él no volvió, o tal vez regresara por otro lado; lo cierto es que, al fin, caímos rendidos y nos dormimos; también tuvimos pesadillas, millones de ellas. Pero entonces, antes del amanecer, nos despertamos otra vez, porque se había levantado una tormenta, y rugía con furia; los truenos y relámpagos eran horribles, el viento estaba azotando a los árboles, la lluvia sesgada caía a raudales y los surcos se habían transformado en ríos torrenciales. Tom dijo:

—Escúchame, Huck, te diré una cosa curiosísima. Cuando salimos anoche, la familia no sabía que Jake Dunlap había sido asesinado. Ahora, los hombres que persiguieron a Hal Clayton y a Bud Dixon desparramarán la cosa en menos de media hora, y cualquier vecino que lo oiga habrá salido disparado de granja en granja, intentando ser el primero en contar las noticias. ¡Diablos! ¡No tendrán otra gran cosa como esa que contar dos veces durante los próximos treinta años! Huck, esto me resulta sumamente extraño; no lo entiendo.

Así que Tom estaba muy inquieto, esperando que cesara la lluvia, por si veíamos a alguien que supiera decirnos cualquier cosa sobre el asunto. También dijo que, si lo hacía, deberíamos mostrarnos sorprendidos y terriblemente escandalizados.

Salimos al minuto siguiente que hubo cesado la lluvia. Para entonces ya era pleno día. Subimos paseando el camino, de vez en cuando nos encontrábamos con alguien, entonces nos deteníamos para decir ¡hola!, y contarles cuándo habíamos llegado, y cómo habíamos dejado a la familia en casa, y cuánto tiempo nos íbamos a quedar allí, pero nadie dijo una sola palabra acerca del asunto…, lo cual nos dejaba perplejos, sin duda. Tom dijo que, si nos llegábamos hasta los sicomoros, encontraríamos al cadáver yaciendo allí, solitario y desamparado, sin ningún alma por los alrededores. Dijo que él creía que los hombres habrían perseguido a los ladrones hasta lo más profundo del bosque, que los malhechores habrían visto una buena oportunidad en ello y que finalmente se habrían dado la vuelta, y tal vez se hubiesen matado unos a otros, de modo que no quedara nadie para contarlo[7].

Antes de que pudiéramos darnos cuenta, mientras íbamos hablando así, atropelladamente, fuimos a parar justo delante de los sicomoros. Unos escalofríos gélidos iban sucediéndose en mi espalda, y ya no pude dar un solo paso, a pesar de todas las persuasiones de Tom. Pero él no podía contenerse: *tenía* que ver si las botas estaban todavía a salvo en el cadáver. Así que se deslizó sigilosamente, dentro del bosquecillo…, y al minuto siguiente salió, con los ojos echando chispas de excitación, y exclamó:

—¡Huck! ¡Se ha ido!

¡Yo estaba perplejo! Pero alcancé a decir:

—Tom, no hablas en serio.

—Se ha ido. Estoy seguro. No hay ni rastro de él. La tierra está un poco pisoteada, y, si quedaba algo de sangre, la ha lavado la tormenta, pues allí no hay más que charcos y fango.

Finalmente me di por vencido, y fui a echar un vistazo por mí mismo; y era justo lo que Tom había dicho: no había ni señales del cadáver.

—¡Maldita sea! —dije—. Los diamantes han desaparecido. ¿Crees que los ladrones habrán vuelto a hurtadillas y se los han llevado, Tom?

—Eso mismo parece. Ahora bien, ¿dónde crees que los escondieron?

—No lo sé —respondí, disgustado—, más aún, no me importa. Ellos ya tienen las botas, y eso es todo lo que me preocupaba. El muerto estará tirado por algún sitio de este bosque durante mucho tiempo antes de que yo lo busque.

Tom también dejó de interesarse por él, sólo tenía curiosidad por saber qué habría sido del cadáver; pero dijo que nos mantuviésemos al margen, sin decir nada, pues no pasaría mucho tiempo sin que los perros o alguien diesen con él.

Regresamos a casa para desayunar, muy enfadados, ofendidos, desilusionados y estafados. Nunca antes le había tenido tanta ojeriza a un cadáver.



¡Huck! ¡Se ha ido!

Capítulo 8

EL desayuno no fue demasiado alegre. Tía Sally parecía vieja y cansada, y permitía que los niños se alborotaran y riñeran unos con otros; no parecía notar el jaleo que estaban armando, lo cual no era propio de ella. Tom y yo teníamos demasiado en qué pensar como para hablar; Benny tenía un aspecto de no haber dormido mucho, y cada vez que levantaba un poquito la cabeza, para echarle una mirada furtiva a su padre, podían verse lágrimas en sus ojos; y con respecto al anciano, la comida permanecía en el plato y comenzaba a enfriarse, sin que él supiera que estaba allí, por seguir pensando sin tregua, según creía yo, y no decía una sola palabra ni tampoco probaba bocado.

Al poco rato, cuando ya estaba más oscuro, la cabeza del negro se asomó otra vez por la puerta, y dijo que su amo Brace estaba sintiéndose muy intranquilo por el amo Júpiter, que todavía no había llegado a casa, y si el amo Silas haría el favor de…

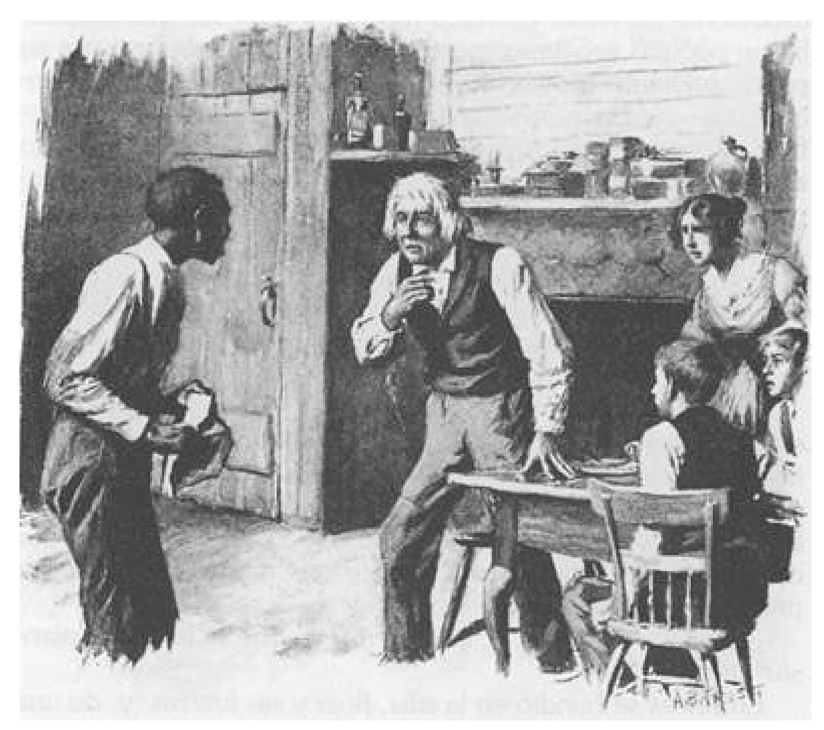
El negro estaba mirando al tío Silas, y se detuvo justo allí, como si el resto de las palabras se hubiesen congelado; pues el tío Silas se levantó tembloroso, intentando sujetarse a sí mismo, apoyando los dedos sobre la mesa, estaba jadeando, con los ojos clavados en el negro, luego tragó saliva, y llevó un par de veces la otra mano hasta su garganta, y por fin comenzó a pronunciar las palabras:

—¿Es que él piensa…, él… piensa…, *qué* es lo que él piensa? Dile…, dile…

Entonces se hundió en la silla, flojo y sin fuerzas, y, de una manera que apenas pudimos oírle, dijo:

—¡Vete…, largo!

El negro, con expresión de asustado, salió de estampía. Todos los demás sentimos…, bueno, no sé lo que sentimos, pero fue horrible, con el pobre hombre jadeando allí, los ojos cerrados y el aspecto de un moribundo. Ninguno de nosotros podía moverse; pero Benny se deslizó suavemente, con lágrimas surcándole la cara, y se colocó a su lado, acurrucó contra ella su vieja cabeza gris, y comenzó a acariciarla con las manos y a hacerle mimos; luego nos hizo señas de que nos marchásemos, y así lo hicimos, saliendo muy callados, como si la muerte estuviese allí.



¿Qué es lo que él piensa?

Tom y yo salimos muy solemnes hacia los bosques, comentando lo distinto que era ir ahora de lo que fue el último verano que estuvimos aquí, cuando todo era tan pacífico y feliz, y la gente hablaba tan bien del tío Silas, cuando él era tan alegre y sencillo, tan bobalicón y bueno… ¡Miradle ahora! Si no se había vuelto loco, le faltaba poco. Eso era algo que los dos admitíamos.

Hacía un día de lo más encantador, luminoso y soleado; y cuanto más avanzábamos por las colinas, en dirección a la pradera, los árboles y las flores iban siendo cada vez más hermosos, y nos parecía extraño y hasta mal, en cierto sentido, que tuviese que haber disgustos en un mundo como éste. Y de repente contuve el aliento y cogí fuertemente el brazo de Tom, y todo mi hígado, pulmones y demás cosas, se me cayeron a los pies.

—¡Ahí está! —exclamé.

Dando un salto nos escondimos detrás de un arbusto; estábamos temblando, y Tom dijo entonces:

—¡Shh!… No hagas ruido.

Se hallaba sentado en un tronco, justo al borde de la pequeña pradera, pensando. Intenté llevarme a Tom, pero él no quiso, y yo no me atreví a moverme solo. Dijo que quizá nunca más tendríamos otra oportunidad de ver un fantasma, y que él iba a hartarse de mirar a aquél, aunque le costase la vida. Así que yo también miré, aunque me dieran escalofríos. Tom *tenía* que hablar, pero lo hacía bajito, y me dijo:

—¡Pobre Jake! Trae consigo todas sus cosas, como nos había dicho que haría. Ahora bien, mira lo que nos hacía dudar… el cabello. Ya no es largo, como solía ser; se lo ha cortado al rape, como nos había dicho que lo haría también. Huck, nunca he visto nada que parezca más natural que Eso.

—Yo tampoco —respondí—, le reconocería en cualquier sitio.

—Yo también lo haría. Tiene un aspecto perfectamente sólido y genuino, exactamente igual que antes de morir.

Así que continuamos mirándole. Muy pronto Tom dijo:

—¡Huck! Hay algo sumamente curioso en ese fantasma, ¿no crees? No debería estar dando vueltas por ahí en pleno día.

—Así es, Tom. Nunca había oído nada semejante.

—No, señor, *ellos* sólo salen de noche… y siempre después de medianoche. Algo raro pasa con este fantasma, ¡ya verás! No creo que tenga ningún derecho a andar vagando por ahí durante el día. Pero ¿no parece natural? Jake dijo que fingiría hacerse el sordomudo aquí, de modo que los vecinos no le reconociesen la voz. ¿Tú crees que haría eso si nosotros le pegásemos un grito?

—¡Cielos, Tom, no digas eso! Si te pones a gritarle, me muero aquí mismo.

—No te preocupes, no lo haré. Mira, Huck, se está rascando la cabeza…, ¿no lo ves?

—Bueno, ¿y eso qué?

—Pues esto: ¿Qué sentido tiene que se rasque la cabeza? No hay nada que pueda picarle; su cabeza está hecha de niebla o algo parecido, *no puede* picarle. La niebla no puede picar, cualquier tonto sabe eso.

—Bueno, entonces, si no pica, y no puede picar, ¿por qué diablos se rasca? ¿No crees que pueda ser por costumbre?

—No señor, no lo creo. No estoy nada contento con la forma de actuar de ese fantasma. Tengo el condenado presentimiento de que es falso… Lo tengo, tan seguro como que estoy sentado aquí. Porque, si eso… ¡Huck!

—Bueno, ¿qué pasa ahora?

—¡No *se pueden ver los arbustos a través de él*!

—¡Vaya, Tom, es verdad! Es tan sólido como una vaca. Estoy empezando a creer que…

—¡Huck! ¡Está mascando tabaco! ¡Demonios! Ellos no mascan…, no tienen nada *con qué* mascar. ¡Huck!

—Te estoy oyendo.

—¡No es un fantasma en absoluto! ¡Es el mismísimo Jake Dunlap!

—¡Tu abuela! —dije yo.

—Huck Finn, ¿encontramos algún cadáver entre los sicomoros?

—No.

—¿Ni una sola señal de él?

—No.

—Fue por una muy buena razón. Nunca ha habido ningún cadáver allí.

—Pero, Tom, tú sabes que habíamos oído…

—Sí, lo oímos…, oímos un aullido o dos. ¿Prueba eso que alguien haya sido asesinado? Claro que no. Y vimos además a cuatro hombres que iban corriendo,

luego éste que está allí salió caminando y nosotros lo tomamos por un fantasma. Pero no es más fantasma que tú. Era el mismo Jake Dunlap, y es el mismo Jake Dunlap ahora. Se ha rapado el cabello, como nos había dicho que haría, y ahora finge que es un extranjero, exactamente de la misma manera que dijo que lo haría. ¿Fantasma, él? Es tan sólido como una nuez.

Entonces lo comprendí todo, y me di cuenta de que no habíamos tenido en cuenta muchas cosas. Yo estaba increíblemente contento de que no le hubiesen asesinado, y Tom también; entonces nos preguntábamos qué sería lo que a él le gustaría más: ¿Fingir que no lo habíamos conocido nunca o qué? A Tom le pareció que la mejor manera que teníamos de averiguarlo sería ir a preguntarle a él. Así que tomó la iniciativa; pero yo me quedé un poquito más atrás, porque, después de todo, no sabía todavía si era de verdad un fantasma. Cuando Tom llegó hasta donde él estaba, y le dijo:

—Huck y yo estamos contentísimos de verle otra vez, así que no tema, que no diremos nada. Y si cree que sería más seguro para usted que aparentásemos no conocerle cuando pasemos a su lado, pues no tiene más que decírnoslo, y ya verá cómo puede contar con nosotros, y que preferiríamos cortarnos las manos antes de exponerle a usted al más mínimo peligro.

Al principio pareció sorprenderse de vernos, y no demasiado contento; pero tan pronto como Tom siguió hablando, comenzó a mostrarse más simpático, y a sonreír cuando Tom terminó de hablar, y asintió con la cabeza varias veces, haciendo señas con las manos, y nos dijo:

—Guu-guú…, guu-guú —del mismo modo que acostumbran a hacer los sordomudos.

Justo entonces vimos a algunos criados de Steve Nickerson, que vivían al otro lado de la pradera, y Tom dijo:

—Lo hace usted muy elegantemente, no he visto a nadie que lo haga mejor. Tiene usted razón, finja también con nosotros, finja del mismo modo que hace con los demás; eso le dará práctica y evitará meter la pata. Nosotros nos mantendremos alejados de usted, y fingiremos no conocerle, pero en cualquier momento en que podamos resultarle una ayuda, háganoslo saber.



—Guu-guú… guu-guú-dijo, del mismo modo que acostumbran a hacer los sordomudos.

Luego nos cruzamos con la gente de Nickerson por el camino, y por supuesto nos preguntaron de dónde venía el forastero que había allí, cuál era su nombre y a qué confesión pertenecía, si era bautista o metodista; qué ideas políticas tenía, si republicano o demócrata, y cuánto tiempo se iba a quedar allí; todas esas preguntas que los seres humanos hacen cuando llega un extranjero, los perros también las hacen. Pero Tom les respondió que él no podía sacar nada en claro de las señas de un sordomudo, y lo mismo le pasaba con respecto al *gu-gu*. Entonces nos quedamos vigilando cómo se alejaban a acosar a Jake, pues estábamos muy preocupados por él. Tom dijo que le llevaría días acostumbrarse a que era sordomudo y no olvidarlo, y que hablaría sin darse cuenta. Cuando vigilamos lo suficiente como para ver que Jake se desenvolvía bastante bien y que hacía las señas de maravilla, echamos a andar de nuevo, deseando llegar a la escuela antes del recreo, lo cual suponía un camino de casi cinco kilómetros.

Me sentí tan desilusionado de no oír a Jake contar nada de la pelea en los sicomoros y de cómo estuvo a punto de ser asesinado, que no podía sobreponerme; y Tom se sentía igual, pero dijo que, si nosotros estuviésemos en la misma situación de Jake, querríamos andarnos con cuidado y mantenernos callados para no correr riesgos.

Los muchachos y las chicas estaban todos contentos de vernos de nuevo, y lo pasamos realmente bien durante todo el recreo. En el camino a la escuela, los

muchachos Henderson se habían encontrado con el sordomudo y lo contaron a los demás compañeros, así que todos los escolares estaban excitados con el asunto, y no podían hablar de ninguna otra cosa, y estaban ansiosos por echarle una ojeada, pues nunca habían visto un sordomudo en sus vidas, y tal fenómeno constituía un gran motivo de alboroto.

Tom dijo que resultaba muy duro no decir ni pío en aquel momento; dijo que seríamos considerados unos héroes si contáramos todo lo que sabíamos; pero después de todo era más heroico no decir ni pío, no habría dos chicos entre un millón capaces de hacerlo. Ésa era la idea de Tom Sawyer acerca del asunto, y me parece que nadie podría mejorarla.

Capítulo 9

EN los siguientes dos o tres días, el Mudo se hizo muy popular. Fue familiarizándose con los vecinos, que le apreciaban mucho, y estaban orgullosos de tener entre ellos una curiosidad tan estupenda. Lo invitaban a desayunar, lo invitaban a almorzar y a cenar; lo atiborraban de cerdo y de maíz descascarillado, y nunca se cansaban de mirarle fijamente y de maravillarse, deseando saber más sobre él. ¡Era tan poco común y romántico! Sus señas no le servían de nada; la gente no podía entenderlas y, probablemente, él mismo tampoco, pero hacía muchísimos *gu-gus*, de manera que todo el mundo quedara satisfecho, y le admirasen por oírle hacerlo. Llevaba consigo una pizarra y un lápiz cuando iba por ahí, y la gente le escribía preguntas, y él anotaba las respuestas; pero nadie entendía su letra, excepto Brace Dunlap. Brace decía que él tampoco podía entenderla bien, pero la mayoría de las veces podía descifrar el significado. Decía que el Mudo decía que venía de allá lejos, en alguna parte, y que había estado en una buena posición, pero que unos malhechores en los que él había confiado le llevaron a la bancarrota, y ahora era pobre y no tenía medios para ganarse la vida.

Todo el mundo elogiaba a Brace Dunlap por ser tan amable con aquel forastero. Le dejó tener una cabaña de madera para él solo, y mandó a sus negros para que le cuidaran y le procurasen todos los víveres que necesitaba.

El Mudo iba a veces a nuestra casa, porque el tío Silas estaba tan apesadumbrado durante aquellos días, que cualquier afligido era un consuelo para él. Tom y yo aparentábamos no haberle conocido nunca antes. La familia hablaba de sus problemas delante de él, como si no estuviese presente, y a nosotros nos parecía que no le vendría mal oír lo que ellos decían. Generalmente no parecía darse cuenta de nada, pero a veces sí se fijaba.

Bueno, pasaron dos o tres días, y todo el mundo comenzó a inquietarse por Júpiter Dunlap. Todos preguntaban al vecino a ver si alguien tenía alguna idea de lo que podría haberle pasado. No, no la tenemos, contestaban todos; y movían la cabeza diciendo que había algo muy extraño en todo ello. Transcurrió un día y otro más; entonces circuló por los alrededores el rumor de que tal vez había sido asesinado. ¡Ya podéis apostar por el revuelo que se armó! Después de aquello todas las lenguas tenían mucho de qué hablar. El sábado se formaron dos o tres cuadrillas para ir a buscarle y rastrear los bosques, a ver si encontraban sus restos. Tom y yo los ayudamos, fue una tarea noble y excitante. Tom estaba tan loco de alegría, que no podía comer, lo mismo que los demás. Dijo que, si nosotros conseguíamos encontrar el cadáver, seríamos muy famosos, y hablarían más de nosotros que si nos hubiésemos ahogado.

Los demás se cansaron y se dieron por vencidos; pero no Tom Sawyer…, eso no iba con él. El sábado por la noche apenas durmió, intentando trazar un plan; y cuando ya estaba haciéndose de día, dio con él. Me arrastró fuera de la cama, y estaba todo

alborotado cuando me dijo:

—¡Rápido, Huck, coge tu ropa! ¡Ya lo tengo! ¡El sabueso!

En dos minutos, estábamos remontando el camino del río en la oscuridad, en dirección al pueblo. El viejo Jeff Hooker tenía un sabueso y Tom iba a pedírselo prestado. Yo le dije:

—El rastro ya es demasiado viejo, Tom…, y además lo ha borrado la lluvia, ya lo sabes.

—No importa, Huck. Si el cadáver está escondido en algún lugar, en los alrededores del bosque, el perro lo encontrará. Si ha sido asesinado y enterrado, no lo habrán hecho a demasiada profundidad, eso no es muy probable, y si el perro pasa por encima del sitio la olerá, seguro. ¡Huck, seremos famosos, estoy tan seguro de eso como de que has, tú has nacido!

Tom estaba resplandeciente, y cuando estaba que ardía de entusiasmo, tenía todas las posibilidades de entusiasmarse por completo. Así ocurrió también aquella vez. En dos minutos lo tenía todo bien pensado, y no solamente iba a encontrar el cadáver, no, iba a seguir la pista al asesino y *darle caza* también; y no sólo eso, sino que también iba a darle de palos hasta que…

—Bueno —dije yo—, será mejor que encuentres el cadáver primero; me parece que ya ha sido bastante por hoy. Por lo que sabemos, es que no hay ningún cadáver y que nadie ha sido asesinado. Ese tipo debe haber huido a alguna parte y no haber muerto en absoluto.

Estas palabras le pusieron muy serio, y entonces me dijo:

—Huck Finn, nunca he visto a una persona como tú para echar las cosas a perder. Tan pronto como *tú* no ves ninguna esperanza en algo, no dejas que nadie más la tenga. ¿Qué bien puede hacerte echar agua fría sobre lo del cadáver y armar esta teoría egoísta sobre que no ha habido ningún asesinato? Absolutamente ninguno. No sé cómo puedes actuar así. Yo no te trataría de esa manera, y tú lo sabes. Aquí se nos presenta una noble y buena oportunidad de hacernos una reputación, y…

—Oh, continúa —dije yo—, lo siento, retiro mis palabras. No he querido decir nada. Hazlo como te parezca. *Él* no significa nada para mí. Si le hubiesen matado, estaría tan contento como tú de que lo hubiesen hecho; y si él…

—Nunca he dicho que alegrara; yo solamente…

—Bueno, entonces, lo *sentiré* tanto como tú. Como tú prefieras tomártelo, así lo preferiré yo. El…

—No hay preferencias sobre eso, Huck Finn; nadie dijo nada acerca de las preferencias. Y en lo que respecta a…

Se olvidó que estaba hablando, y continuó dando vueltas, pensando. Entonces comenzó a entusiasmarse de nuevo, y muy pronto dijo:

—Huck, sería la cosa más estupenda que nos hubiera ocurrido, si encontrásemos el cadáver; cuando todo el mundo se hubiera cansado de buscar, entonces continuar hasta descubrir al asesino. No solamente sería un honor para nosotros, sino también

para el tío Silas, porque fuimos nosotros los que lo hicimos. Le levantaría el ánimo de nuevo, ya lo verías.

Pero el viejo Jeff Hooker echó un cubo de agua fría a todo el proyecto pues, cuando llegamos a su herrería y le contamos para qué habíamos ido.

—Podéis llevaros el perro —nos dijo—, pero no encontraréis ningún cadáver, pues no hay ningún cadáver que buscar. Todo el mundo ha dejado de rastrearlo, y tienen razón. Tan pronto como se pusieron a pensar en ello, se dieron cuenta de que no había ningún cadáver. Y os diré por qué. ¿Por qué una persona mata a otra, Tom Sawyer? Respóndeme a eso.

—Pues, porque… er…

—¡Contesta! No eres ningún tonto. ¿Por qué lo mata?

—Bueno, algunas veces es por venganza, y…

—Espera. Vamos por partes. Venganza, dices; y tienes razón. Ahora bien, ¿quién podría querer vengarse de ese pobre tipo insignificante y sin importancia? ¿Quién crees que querría matar *a ese tipo…*, a ese conejo?

Tom estaba perplejo. Supongo que él no había pensado que una persona pudiera tener un motivo para asesinar a otra; y ahora veía que no era probable que alguien pudiese tener tanta envidia contra un cordero como Júpiter Dunlap. Al poco tiempo, el herrero continuó:

—La idea de venganza no funciona, ya ves. Bueno, entonces ¿cuál sería la siguiente? ¿El robo? ¡Dios mío! ¡Eso debe haber sido, Tom! Sí, señor, creo que esta vez hemos dado en el clavo. Algunos tipos querían las hebillas de sus tirantes, y entonces él…

Pero aquello fue tan gracioso que el herrero rompió a reír, y siguió partiéndose de risa, hasta que casi se muere, y Tom parecía tan ofendido y rebajado, que yo sabía que estaba arrepentido de haber venido, y deseaba no haberlo hecho. Pero el viejo Hooker no aflojaba. Sacó a relucir todos los motivos que podría tener una persona para asesinar a otra; y cualquier idiota podía darse cuenta de que ninguno encajaba en el caso; además no paraba de reírse de todo el asunto y de la gente que había estado rastreando el cadáver, y añadió:

—Si hubieran tenido algo de sentido común, sabrían que aquel vago se largó porque quería más tiempo para haraganear después de tanto trabajo. Regresará muy entretenido dentro de dos semanas, y entonces ¿cómo os sentiréis todos? Pero que la Providencia os bendiga, llevaos el perro y salid a rastrear sus restos. Hazlo, Tom.

Luego rompió a reír de nuevo, con aquellas carcajadas suyas de cuarenta varas. Tom no podía echarse atrás, después de todo esto, de manera que dijo:

—Muy bien, quítele la cadena.

Y el herrero así lo hizo; entonces nos fuimos a casa, y le dejamos desternillándose de risa.

Era un perro adorable aquél. No hay perro con un temperamento más encantador que aquel sabueso, nos conocía y le gustábamos. Daba brincos de alegría y carreras a

nuestro alrededor, siempre tan amigable e increíblemente contento de estar libre y tener un día de fiesta; pero Tom estaba tan disgustado, que no demostraba ningún interés por él, y decía que ojalá hubiese parado y reflexionado durante un minuto antes de haber emprendido una empresa tan ridícula. Decía que el viejo Jeff Hooker se lo contaría a todo el mundo, y que aquello sería el cuento de nunca acabar.

Así que fuimos bajando por los caminos apartados que conducían a casa, sintiéndonos bastante lúgubres y sin decir palabra. Cuando pasamos la esquina más alejada de nuestro tabacal, oímos que el perro emitía un aullido muy largo por aquel sitio. Entonces fuimos hasta allí, y vimos que estaba escarbando el suelo con toda su fuerza, y de vez en cuando, inclinaba la cabeza hacia uno u otro lado, y emitía otro aullido.

Era un rectángulo, del tamaño de una tumba; la lluvia había hecho que se hundiera un poco la tierra, y que se viera su forma. Estuvimos de pie allí, durante un minuto, mirándonos el uno al otro, y no pronunciamos palabra. Cuando el perro había escarbado unos cuantos centímetros, cogió algo y tiró de ello: era una manga y un brazo. Tom exhaló una especie de grito ahogado, y dijo:

—Huck, tengo la impresión de que… lo hemos encontrado.

Me sentí fatal. Echamos a correr por el camino hasta alcanzar los primeros hombres que pasaban. Fueron a por una pala a la cabaña, y desenterraron el cuerpo. En mi vida he visto semejante alboroto. Aún no se podía decir nada sobre el rostro, pero no había necesidad de ello. Todo el mundo decía:

—¡Pobre Júpiter: ésas son sus ropas, hasta el último andrajo!



Inclinaba la cabeza hacia uno u otro lado, y emitía otro aullido.

Algunos salieron corriendo a desparramar la noticia y llamar al Juez de paz para levantar un sumario, en tanto Tom y yo nos fuimos a casa a la velocidad del rayo. Tom estaba entusiasmado y casi sin aliento cuando irrumpimos en la casa, donde estaban el tío Silas, tía Sally y Benny. Tom gritó:

—Huck y yo hemos encontrado el cadáver de Júpiter Dunlap, nosotros solos, con la ayuda de un sabueso, después de que todo el mundo hubo abandonado la búsqueda y se habían dado por vencidos; si no hubiese sido por nosotros, *nunca* lo habrían encontrado; también él fue asesinado…, lo hicieron con un garrote o algo parecido; y ahora empezaré a buscar al asesino, eso será lo siguiente, ¡y apuesto lo que sea a que lo descubro!

La tía Sally y Benny se levantaron pálidas y perplejas, pero el tío Silas cayó de su silla, derecho al suelo, y gimió:

—¡Oh, Dios! ¡Ya lo habéis descubierto!

Capítulo 10

AQUELLAS espantosas palabras nos dejaron helados. No pudimos mover una mano o un pie durante, por lo menos, medio minuto. Luego nos recobramos un poco, ayudamos al anciano a sentarse de nuevo en su silla, y Benny le acariciaba y le besaba, intentando consolarle. La pobre tía Sally hacía lo mismo; pero las pobres infelices estaban tan deshechas, asustadas y fuera de sus cabales, que apenas se daban cuenta de lo que pasaba. Tom estaba fatal; el hecho de pensar que había metido a su tío en una complicación mil veces mayor que las que hubiese tenido hasta ahora le había dejado petrificado; tal vez nunca hubiese sucedido si él no hubiese ambicionado tanta celebridad, y hubiera dejado el cadáver en paz, del mismo modo que hicieron los demás. Pero muy pronto se repuso y dijo:

—Tío Silas, no vuelva a decir una palabra más en ese sentido. Es peligroso, y no hay un atisbo de verdad en ellas.

La tía Sally y Benny se mostraron agradecidas al oírle decir aquello, y dijeron lo mismo; pero el anciano movió la cabeza con pesadumbre y desesperación, y con lágrimas corriendo por su rostro exclamó:

—¡No…, yo lo hice! ¡Pobre Júpiter, yo lo hice!

Fue espantoso oírle decir aquello. Después, el anciano continuó hablando; dijo que había sucedido el día en que Tom y yo habíamos llegado…, cerca de la puesta del sol. Dijo que Júpiter le había estado dando la lata y agraviándole hasta ponerle tan furioso, que se volvió medio loco, cogió un palo y le dio con él en la cabeza, con toda su fuerza. Júpiter cayó allí mismo. Entonces él se asustó y, arrepentido por lo que había hecho, cayó de rodillas y levantó la cabeza de Júpiter, rogándole que hablara y que le dijese que no estaba muerto; y, al cabo de poco rato, Júpiter volvió en sí, y cuando se dio cuenta quién estaba sosteniéndole la cabeza, pegó un salto, muerto de miedo, y salió corriendo hacia la cerca, se metió en el bosque y desapareció. De modo que el tío Silas tenía la esperanza de que no haberle causado un gran daño.

—Pero ¡diablos! —continuó diciendo—. Fue sólo el miedo lo que le dio el último aguijón de energía, y claro, pronto se acabó y se tumbó entre los arbustos, y como no había nadie allí para ayudarle, murió.

Entonces el anciano se puso a gritar y a llorar su muerte, diciendo que era un asesino y que la marca de Caín[8] estaba sobre él, que había traído la desgracia a su familia, que le encontrarían y le colgarían. Pero Tom dijo:

—No, usted no será descubierto. Usted *no* lo mató. *Un solo* palo no le mataría. Algún otro lo ha hecho.

—¡Oh, sí! —exclamó—. Lo hice yo. ¿Quién más tenía algo contra él? ¿Quién más *podría* tener algo contra él?

Levantó los ojos con la esperanza de que pudiésemos nombrar a alguien que tuviese envidia de aquel hombre inofensivo e insignificante; pero, por supuesto, fue

inútil…, nos había pillado; no pudimos decir una sola palabra. Él se dio cuenta de eso, y se entristeció de nuevo, poniendo la expresión más lastimosa y abatida, que haya visto nunca. Tom tuvo una idea repentina y dijo:

—¡Esperad un momento!… Alguien lo enterró. Ahora bien, ¿quién…?

Pero se calló de repente. Yo sabía por qué. Me dieron escalofríos cuando pronunció aquéllas palabras, porque en seguida recordé que vimos al tío Silas escarbando la tierra con una pala de mango largo aquella misma noche, cuando era ya muy tarde. Y yo sabía que Benny le había visto también, porque ella había estado hablando de eso un día. En el mismo momento de callarse, Tom cambió de tema, rogó al tío Silas que no dijese ni pío, y al resto de nosotros que hiciésemos lo mismo. Dijo que *debíamos* hacerlo, y que al tío Silas tampoco le interesaba estar contándolo, y que si él no decía nada nadie lo sabría nunca, pero que si se descubría y alguien le hacía algún daño, rompería los corazones de su familia y los mataría, de modo que a nadie le haría ningún bien. Así que, al final, el tío Silas acabó prometiendo que no diría nada. Todos nos sentimos mejor entonces, y continuamos animando al anciano. Le dijimos que todo lo que tenía que hacer era mantenerse callado y que no pasaría mucho tiempo antes de que todo estuviese olvidado y enterrado. Todos dijimos que nadie sospecharía nunca del tío Silas, ni soñarlo: él era tan bueno y amable, y tenía tan buen carácter… Y Tom, cordial y campechano, agregó:

—¡Vaya! Pensemos un minuto. Aquí está el tío Silas, que lleva todos estos años como predicador… con dinero de su bolsillo; todos estos años haciendo el bien, lo mejor que podía, por su cuenta todo el tiempo; alguien querido y respetado por todo el mundo; siempre ha sido pacífico y no se ha metido con nadie, el último hombre en todo el distrito en poner el dedo sobre una persona, y todo el mundo lo sabe. ¿Sospechar de *él*? Pues es menos posible que…

—¡En nombre de la autoridad del estado de Arkansaw…, queda arrestado por el asesinato de Júpiter Dunlap! —gritó el *sheriff* desde la puerta.

Fue horrible. La tía Sally y Benny se abalanzaron llorando y gritando sobre el tío Silas, y le abrazaban colgadas de su cuello, y la tía Sally les gritaba que se fueran, que no lo entregaría; los negros se amontonaban llorando en la puerta y…, bueno, yo no pude soportarlo; aquello era suficiente para romper el corazón de una persona, así que me marché.

Se lo llevaron a la única pequeña cárcel que había en el pueblo, y todos fuimos a decirle adiós, Tom se sentía altivo, y dijo:

—Tendremos nuestra mejor ocasión, y correremos montañas de peligros en una noche oscura, para sacarle de allí, Huck, y se contará por todas partes, y seremos famosos.

Pero el anciano acabó con nuestro plan en el mismo instante en que Tom me lo susurraba al oído. Dijo que no, que era su deber afrontar lo que la ley tuviese preparado para él, que se quedaría en la cárcel hasta el final, aunque no pudiese salir nunca. Eso desilusionó mucho a Tom, le hizo ponerse muy serio, pero tuvo que

quedarse callado.

Pero se sentía responsable y con la obligación de sacar a su el tío Silas de la cárcel; entonces dijo a la tía Sally, por último, que no se preocupase, porque él iba a aplicarse a trabajar día y noche para ganar la partida y lograr que el tío Silas fuera declarado inocente. Ella se mostró muy cariñosa y agradecida con Tom, sabiendo que él lo haría lo mejor que pudiese. Y nos dijo que ayudáramos a Benny a cuidar de la casa y de los niños, y luego lloramos todos juntos al despedirnos, y regresamos a la granja, dejando a la tía Sally en casa de la esposa del carcelero, con la que permanecería un mes, hasta la celebración del juicio, que tendría lugar en Octubre.

Capítulo 11

BUENO, aquél fue un mes muy duro para todos nosotros. La pobre Benny, lo llevaba lo mejor que podía, y Tom y yo intentábamos alegrar las cosas en casa, pero no servía de nada, como ya supondréis. Lo mismo ocurría en la cárcel. Subíamos todos los días a ver a los viejos, pero era espantosamente triste, porque el anciano no podía dormir mucho, y estaba caminando sonámbulo de manera considerable, así que tenía aspecto de abatimiento y de estar hecho polvo; su mente se volvió inestable, y todos temíamos que sus angustias le enfermasen y acabaran matándole. Y cada vez que intentábamos animarle, meneaba la cabeza y nos decía que si supiésemos lo que era llevar la pesada carga de un asesinato sobre el corazón, no hablaríamos de ese modo. Tom y yo seguíamos diciéndole que no había sido un *asesinato*, tan sólo una muerte accidental, pero para él eso era igual…, era un asesinato, y no podía verlo de otra manera. A medida que se acercaba el día del juicio, empezó a tener claro y a estar de acuerdo con que él lo había matado *intencionadamente*. ¡Vaya! Aquello era terrible, sabéis. Hacía que las cosas se volvieran cincuenta veces más espantosas de lo que estaban, y la tía Sally y Benny estaban desconsoladas. Pero prometió no decir una palabra sobre su asesinato cuando hubiese gente alrededor, y esto nos alegró mucho.

Tom Sawyer devanándose los sesos durante todo el mes, intentando planear algo sobre el modo de liberar al tío Silas, y muchas noches me tenía despierto toda la noche para aquel trabajo agotador, pero no había manera de que se situase en el camino correcto. En cuanto a mí, me parecía que un tipo debía de darse por vencido cuando todo parece tan triste, yo estaba muy descorazonado; pero él no lo creía así. Se mantenía muy ocupado con el asunto, y siguió planeando, pensando y devanándose la cabeza.

Así que llegó el juicio, a mediados de Octubre, y acudimos todos a la corte. El sitio estaba atestado, por supuesto. El pobre tío Silas parecía más muerto que vivo, su mirada estaba tan vacía y estaba tan delgado y tan acongojado… Benny se sentó a su lado, y la tía Sally al otro, tenían velos puestos y estaban muy afligidas. Pero Tom se sentó junto a nuestro abogado, y estaba metido en todo, claro. El abogado y el juez le dejaban. Algunas veces quitaba el asunto de las manos del abogado; lo cual estaba bastante bien, porque el abogado era una tortuga de barro un poco lerda que no sabía ni meterse en casa cuando llueve, como dice el refrán.



Muchas noches me tenía despierto toda la noche.

Se tomaron juramentos, y entonces el abogado de la acusación se levantó y comenzó a hablar. Realizó un terrible informe contra el anciano, que le hizo gemir y sollozar, y llorar a la tía Sally y a Benny. La manera de relatar el asesinato nos dejó atontados, tan diferente era de la historia del anciano. Dijo que iba a probar que dos excelentes testigos habían *visto* al tío Silas asesinar deliberadamente a Júpiter Dunlap, que le *había dicho* que lo iba a matar en el mismo instante de golpearle con un garrote; y que le vieron esconder a Júpiter entre los arbustos, y además vieron que estaba completamente muerto. Y dijeron que el tío Silas salió más tarde y arrastró a Júpiter hasta el tabacal, los dos hombres le vieron hacerlo. También dijeron que el tío Silas volvió por la noche, y enterró a Júpiter, y que otro hombre le vio.



Nuestro abogado.

Me dije para mis adentros que el pobre tío Silas había estado mintiendo porque él creía que nadie le había visto y que no podría soportar romper los corazones de la tía Sally y de Benny; y estaba en lo cierto: en cuanto a mí, yo hubiese actuado de la misma manera, y cualquiera que tuviese sentimientos habría hecho lo mismo para librarles de semejante dolor y congoja de algo de lo que *ellas* no son responsables. Bueno, eso hizo que nuestro abogado se mostrase muy angustiado; y también dejó a Tom atontado por un momento, pero entonces se recuperó y fingió no estar preocupado…, pero yo sabía que sí lo estaba, todos lo sabíamos. Y la gente…, ¡cielos!, aquello causó un gran revuelo.

Y cuando el abogado terminó anunciando al jurado que él lo probaría todo, tomó asiento, y comenzó a llamar a sus testigos.

Primero llamó a muchos de ellos para probar que había resentimientos entre el tío Silas y el muerto; y ellos dijeron cómo habían oído que el tío Silas amenazaba al fallecido una y otra vez, y cómo aquello empeoraba, haciendo que todos lo comentasen, y cómo el muerto empezó a temer por su vida, y dijo a dos o tres de ellos que el tío Silas tarde o temprano lo mataría.

Tom y nuestro abogado les hicieron algunas preguntas; pero no sirvieron de nada: ellos se mantuvieron firmes en sus declaraciones.

Luego, llamaron a Lem Beebe, que subió al estrado. Entonces me vino a la mente cómo Lem y Jim Lane habían estado hablando aquella vez de pedir prestado un perro o algo a Júpiter Dunlap; y que eso trajo a colación el tema de las zarzamoras y la linterna; y aquello, a su vez, me recordó a Bill y Jack Withers, y cómo ellos pasaron a nuestro lado, hablando de un negro que había robado maíz al tío Silas; y me acordé de nuestro viejo fantasma, que también llegó al mismo tiempo y que nos asustó tanto… *Él* también estaba allí, un personaje privilegiado, teniendo en cuenta que era sordomudo y forastero, y que le habían adjudicado una silla en el estrado, donde podía cruzar las piernas y estar cómodo, en tanto los demás estaban todos tan apretujados, que apenas podían respirar. Recordé todo aquello, tal como ocurrió aquel día; y me dio mucha pena pensar con qué alegría habíamos vivido todo entonces, y con cuánta aflicción desde entonces.

Lem Beebe prestó juramento y dijo: Yo venía caminando aquel día, 2 de septiembre, y Jim Lane estaba conmigo; era cerca del atardecer, y entonces oímos hablar muy fuerte, como una disputa. Estábamos muy cerca, solamente había unos arbustos de avellanos entre nosotros (eso está a lo largo de la valla); y oímos una voz que decía: «Te he dicho más de una vez que te mataré», y sabemos que era la voz del prisionero; entonces vimos un garrote aparecer por encima de los arbustos, y perderse otra vez de vista, y oímos un golpe demoledor, luego un gemido o dos; entonces nos empinamos despacio para poder ver, y allí yacía Júpiter Dunlap muerto, el prisionero estaba de pie junto a él, con el garrote; luego arrastró al muerto hasta unos arbustos y le escondió; entonces nos agazapamos, para que no nos viera, y nos fuimos.

Bueno, era horrible. La declaración casi congela la sangre de todo el mundo al oírla, y mientras Beebe hablaba, el tribunal permanecía en silencio, como si no hubiese nadie allí. Cuando terminó, se podían oír jadeos y suspiros por toda la sala, todos se miraban unos a otros, como diciendo: «¿No es totalmente horroroso? ¿No es un espanto?».

Entonces sucedió algo que me dejó perplejo. Durante todo el tiempo en que los primeros testigos estuvieron probando que había inquina, amenazas y todo eso, Tom Sawyer estaba animado y la tenía tomada con ellos; y cuando terminaban de hablar, iba a por ellos, y hacía cuanto podía por pillarles en una mentira o destruir sus declaraciones. Pero ahora, ¡qué diferente era! Cuando, al principio, Lem comenzó a hablar, y no decía nada sobre hablar con Júpiter y pedirle el perro prestado, Tom estaba entusiasmado y la tenía tomada con él, y todos podíamos ver que se estaba preparando para acribillarlo a preguntas muy pronto, y que él y yo seríamos llamados al estrado para testificar y decir lo que le habíamos oído a él y a Jim Lane. Pero, al momento siguiente, miré a Tom y me dieron escalofríos. Pues él estaba sumido en el estado más profundo de meditación que uno haya visto… en varios kilómetros a la redonda. No estaba oyendo una sola palabra de las que Lem Beebe decía; cuando acabó de hablar, él seguía sumido en sus cavilaciones, de la misma manera. Nuestro abogado le sacudió un poco, y entonces él levantó los ojos sorprendido y dijo:

—Coja usted al testigo, si quiere. Déjeme en paz…, quiero pensar.

Bueno, aquello me dejó perplejo. No podía entenderlo. Y Benny y su madre… ¡Oh, ellas parecían enfermas, estaban tan afligidas! Ellas se corrieron el velo e intentaron llamar su atención, pero fue inútil, yo tampoco podía. De manera que la tortuga atacó al testigo, pero no sirvió de nada; y se armó un lío.

Entonces llamaron a Jim Lane, y él volvió a contar la misma historia, exactamente la misma. Tom no oyó nada de la historia en absoluto, y siguió pensando, a miles de kilómetros de distancia. Así que la tortuga continuó solo con el testigo, y consiguió el mismo resultado que con el anterior. El abogado de la acusación parecía muy contento, pero el juez se mostraba bastante disgustado. Veréis, Tom era lo mismo que un abogado titulado, o casi, porque la ley en Arkansaw establecía que el prisionero pudiese elegir a quien quisiera para ayudar al abogado, y Tom había tenido el empujón del tío Silas para entrar en el caso, pero ahora estaba estropeándolo todo y podía comprobarse que al juez no le hacía mucha gracia.

Todo lo que la tortuga logró sacar de Lem y Jim fue esto:

Él les preguntó:

—¿Por qué no dijeron ustedes lo que habían visto?

—Teníamos miedo de vernos involucrados. Además, estábamos bajando por el camino del río, para una cacería de una semana; pero tan pronto como regresamos, nos encontramos con que estaban rastreando el cadáver, entonces fuimos y le dijimos a Brace Dunlap todo lo que sabíamos.

—¿Cuándo fue eso?

—El sábado por la noche, el 9 de septiembre.

Entonces el juez habló en voz alta y dijo:

—Señor *sheriff*, arreste a estos dos testigos como sospechosos de haber sido cómplices del hecho de asesinato.

El abogado de la acusación pegó un salto y se puso de pie, presa de la excitación:

—¡Señoría! Protesto contra esta extraordina…

—¡Siéntese! —dijo el Juez, tirando de la patilla de sus gafas y colocándolas sobre la mesa—. ¡Le ruego que respete al Tribunal!



—¡Siéntese! —dijo el juez.

De manera que así lo hizo. Luego llamó a declarar a Bill Withers.

Bill Withers prestó juramento y dijo: «Yo venía caminando por el campo del prisionero, a eso de la puesta de sol, el sábado 2 de septiembre, mi hermano Jack estaba conmigo, y entonces vimos a un hombre que iba arrastrando algo pesado sobre la espalda. Pensamos que era un negro robando maíz; no podíamos distinguirlo bien; luego nos dimos cuenta de que era un hombre cargando a otro; y por el modo de colgar (parecía algo fláccido) creímos que llevaba a alguien borracho; y por la manera de caminar del otro, vimos que era el párroco Silas, y creímos que había encontrado a Sam Cooper borracho por el camino, a quien siempre estaba tratando de reformar, y que estaba arrastrándole fuera del peligro».

A la gente le dio escalofríos imaginar al pobre y viejo tío Silas arrastrando el cuerpo muerto hacia su tabacal, en donde el perro lo desenterró, pero no había demasiada simpatía entre los rostros, y yo oí que uno de los tipos decía:

—Es la tarea con más sangre fría que he visto realizar en toda mi vida: arrastrar a un hombre así, e ir a enterrarle como a un animal, un predicador como él.

Tom siguió pensando, sin darse cuenta de nada; de modo que nuestro abogado interrogó al testigo y lo hizo lo mejor que pudo, que fue bastante poco.

Entonces Jack Withers subió al estrado y contó la misma historia, como lo había hecho Bill.

Tras él, siguió Brace Dunlap, que parecía profundamente acongojado, casi a punto de llorar; entonces se produjo un susurro y una agitación en la sala, y todo el mundo se preparó para escuchar, muchas de las mujeres decían: «¡Pobre criatura! ¡Pobre criatura!», y se podían ver lágrimas en sus ojos.

Brace Dunlap prestó juramento, y dijo: Yo había estado muy preocupado durante

mucho tiempo por mi pobre hermano, pero no me había parecido que las cosas estaban tan mal como él las pintaba, ni que nadie tuviera el ánimo suficiente como para hacer algún daño a una pobre criatura inofensiva como ésa. [*¡Recórcholis! Yo estaba seguro de haber visto en Tom un pequeño atisbo de entusiasmo, pero luego se desilusionó otra vez. Brace continuó:*] Y veréis, yo no *podía* creer que un predicador pudiese hacerle daño… no era precisamente natural pensar semejante cosa…, así que no presté demasiada atención, y ahora no podré perdonármelo jamás; pues, si hubiese actuado de manera diferente, mi pobre hermano estaría conmigo hoy, y no yaciendo asesinado más allá, ¡él, que era tan inofensivo! [*Se desmoronó en su sitio,* y *comenzó a sollozar, esperando a recobrar su voz; toda la gente de la sala decía las cosas más tristes, las mujeres lloraban. Luego todo quedó muy callado* y *solemne*, y *el viejo tío Silas, pobre infeliz, en aquel momento exhaló un quejido, de modo que todo el mundo pudo oírle. Entonces Brace continuó:*] Era el sábado 2 de septiembre, y él no llegaba a cenar. Al poco rato comencé a preocuparme un poco, y uno de mis negros fue hasta la casa del prisionero, pero luego regresó diciendo que mi hermano no estaba allí. De manera que empecé a sentirme cada vez más preocupado e incómodo, y ya no podía descansar. Me fui a la cama, pero no podía dormir; y me levanté muy tarde por la noche, y fui a dar una vuelta por la casa del prisionero, y permanecí por los alrededores durante un buen rato, esperando encontrarme con mi pobre hermano, sin imaginarme nunca que él se había librado ya de sus problemas y que se había ido para otra orilla mejor… [*Aquí se desmoronó otra vez,* y *volvió a emitir grandes sollozos*, y *la mayoría de las mujeres lloraban también. Muy pronto se recobró,* y *comenzó a decir:*] Pero fue inútil; así que, por fin, me fui a casa y traté de dormir un poco, pero no pude. Bueno, al cabo de uno o dos días todos estábamos preocupados, y empezamos a hablar acerca de las amenazas del prisionero, y se me ocurrió la idea, que hasta entonces no había pasado por mi cabeza, de que mi hermano había sido asesinado; entonces comenzamos a buscar por los alrededores para encontrar su cuerpo, pero fue inútil y se dieron por vencidos. De manera que creí que se habría ido a algún sitio a pasárselo bien un poco, y que regresaría cuando sus problemas estuviesen algo solucionados. Pero la noche del sábado, el día 9, Lem Beebe y Jim Lane llegaron hasta mi casa cuando ya era muy tarde y me lo contaron todo…, me contaron todo acerca del horrible asesinato, y mi corazón se rompió. Entonces recordé algo en lo que no había reparado hasta entonces, porque los rumores decían que al prisionero le había dado por caminar sonámbulo y hacer toda clase de cosas sin importancia, sin saber lo que hacía. Eso fue lo que me vino a la memoria. Más tarde, en aquella horrible noche de sábado, yo estaba dando vueltas por la casa del prisionero, angustiado y afligido, y ya iba por la esquina del tabacal, cuando oí el ruido de alguien cavando en una tierra arenosa; me agaché a espiar cerca de las parras que cuelgan sobre la cerca y vi al prisionero *cavando…*, cavando con una pala de mango largo…, acarreando tierra y echándola en un gran agujero que estaba casi lleno; me daba la espalda, pero había una luna llena muy brillante, y le conocí por su

bata de trabajo de franela verde, con el parche blanco en mitad de la espalda, como si alguien le hubiese atinado con una bola de nieve. *¡Estaba enterrando al hombre que había asesinado!*

Y entonces se dejó caer en su silla, gimiendo y sollozando, y la mayoría de la gente en la sala rompió a llorar y a lamentarse diciendo: «¡Oh, es horrible! ¡Espantoso! ¡Terrible!». Allí reinaba la más tremenda excitación, y uno casi no podía ni pensar bien; y justo en la mitad de todo aquello el tío Silas pegó un salto, más pálido que un papel, y grita:

—¡Es verdad, cada palabra que ha dicho…! ¡Le he matado a sangre fría!

¡Diablos! ¡Aquello nos dejó petrificados! La gente se puso como loca en toda la sala, esforzándose por poder verle mejor, y el juez aporreaba la mesa con su maza, en tanto el *sheriff* chillaba:

—¡Orden, orden en la sala! ¡Orden en la sala!

Durante todo aquel tiempo, el anciano permaneció de pie en su sitio, temblando y con los ojos echando chispas, sin mirar siquiera a su esposa e hija, que estaban aferradas a él, rogándole que se callara, pero él las apartaba con sus manos diciendo que él *limpiaría* su alma negra del crimen cometido, ya que quería quitarse de encima un peso mayor del que podía soportar, ¡y no estaba dispuesto a seguir soportándolo ni una hora más! Entonces comenzó a relatar su terrible historia, mientras todo el mundo permanecía jadeante y con la vista fija en él, todos: el juez, el jurado, los abogados, ¡todos! La tía Sally y Benny lloraban desconsoladas. ¡Demonios! ¡Tom Sawyer no las miró siquiera una vez! Ni una sola vez… Permaneció sentado allí, mirando, con los ojos fijos en alguna parte, yo no podía decir en dónde. Entonces el anciano continuó enardecidamente, soltando las palabras como un torrente de fuego:

—¡Yo lo maté! ¡Yo soy el culpable! Pero nunca en mi vida he tenido la intención de hacerle daño, a pesar de que todos ellos mienten sobre mis amenazas hacia él, hasta el mismo instante de levantar el garrote… ¡Entonces se me heló el corazón!… Luego desapareció de mí toda la compasión, ¡y le golpeé para matarle! En ese momento todo lo malo vino a mi mente; todos los insultos que ese hombre y el sinvergüenza de su hermano, que está allí, me habían prodigado, y cómo se habían puesto de acuerdo para que la gente me arruinase, y acabar con mi buen nombre, *conduciéndome* hasta alguna acción malvada que me destruiría a mí y a mi familia, que jamás, ¡válgame Dios!, les han hecho daño alguno. Y lo han hecho sólo por una venganza mezquina… ¿Por qué? Porque mi inocente y pura niñita, aquí a mi lado, no quería casarse con ese cobarde rico e ignorante de Brace Dunlap, que ha estado gimoteando por un hermano que no le ha importado nunca un pimiento…

Al llegar a este punto, vi a Tom pegar un respingo y alegrarse, *esta vez* sin lugar a dudas…



¡Y le golpeé para matarle!

—… Y en aquel momento me olvidé de mi Dios y sólo recordé la amargura de mi corazón…, ¡oh Dios, perdóname!…, y le golpeé para matarle. Un segundo después me sentí terriblemente arrepentido…, ¡oh, lleno de remordimientos!, pero pensé en mi pobre familia, y que por su bien debía *esconder* lo que había hecho; entonces escondí el cadáver entre los arbustos; y al poco rato lo arrastré hacia el campo de tabaco; luego, en lo profundo de la noche, fui con mi pala y lo enterré en…

Tom pegó un salto y gritó:

—¡Ya lo tengo! —Y levantó la mano hacia el anciano, ¡oh, siempre tan gentil y ceremonioso!, y exclamó—: ¡Siéntese! ¡*Se ha cometido* un asesinato, pero usted no tiene nada que ver con él!



¡Se ha cometido un asesinato!

Bueno, en la sala se podía oír el sonido de la caída de un alfiler. El pobre viejo se hundió en su asiento, estaba perplejo, y la tía Sally y Benny no se dieron cuenta, pues estaban atónitas mirando fijamente a Tom, boquiabiertas, sin saber de qué iba todo aquello. Toda la sala estaba de la misma manera. Nunca he visto a la gente con un aspecto tan indefenso y sorprendido, y tampoco he visto a nadie con los ojos fuera de sus órbitas, sin pestañear, tal como lo hacían ellos. Tom, absolutamente calmado, dijo:

—Señoría, ¿puedo hablar?

—¡Por Dios! ¡Sí…, adelante! —dijo el juez, tan atónito y confuso que apenas sabía quién era.

Entonces Tom se puso de pie en su sitio, y esperó un segundo o dos… (eso era para conseguir el «efecto», como él lo llamaba), y comenzó a hablar, más tranquilo que nunca, diciendo:

—Durante dos semanas ha estado pegado un pequeño cartel en el frente de este tribunal, ofreciendo dos mil dólares de recompensa por un par de grandes diamante… robados en St. Louis. Esos diamantes valen doce mil dólares. Pero no penséis en ello ahora hasta que llegue a ese punto. Ahora bien, acerca de este asesinato, os diré algo…, cómo ha sucedido…, quién lo ha hecho…, todos los *detalles*.

Se podía ver a todo el mundo en la sala, acomodarse en sus sitios, y escuchar con toda la atención que podían.

—Ese hombre que está aquí, Brace Dunlap, y ha estado gimoteando tanto por su hermano muerto, que, como bien sabéis, no le importaba un pepino, quería casarse con aquella jovencita de allí, y ella no quiso. Entonces Brace dijo al tío Silas que iba

a lamentarlo. El tío Silas sabía lo poderoso que era Dunlap, y qué pocas eran las oportunidades que tenía de luchar contra ese hombre; entonces empezó a asustarse y a preocuparse, y trataba de hacer cualquier cosa que se le ocurría para suavizarle y que fuese bueno con él: incluso llegó a contratar al inútil de su hermano Júpiter, para trabajar en la granja y pagarle un salario, haciendo que su familia sufriese privaciones para poder pagárselo. Júpiter hacía lo que su hermano quisiera para contribuir a insultar al tío Silas, lo inquietaba y preocupaba, y trataba de hacer que el tío Silas le hiciese daño, para enemistarlo con el resto del pueblo. Y lo logró. Todo el mundo se volvió en su contra y decía las cosas más mezquinas sobre él, y eso fue gradualmente rompiéndole el corazón… Sí, estaba tan preocupado y afligido, que muchas veces apenas permanecía en sus cabales.

Bueno, aquel sábado, en el que hemos tenido tantos problemas, dos de los testigos que tenemos aquí, Lem Beebe y Jim Lane, fueron caminando por donde el tío Silas y Júpiter Dunlap estaban trabajando…, y todo lo que han dicho hasta ahí es verdad, lo demás son mentiras. Ellos no oyeron que el tío Silas dijese que mataría a Júpiter; no oyeron el ruido de ningún golpe; no vieron ningún muerto y tampoco vieron al el tío Silas esconder nada entre los arbustos. Miradlos ahora…, vedlos ahí sentados, deseando no haber sido tan hábiles con sus lenguas; de todos modos, lo desearán antes de que yo termine.

La misma tarde del sábado, Bill y Jack *sí* que vieron a un hombre arrastrar a otro. Eso que han dicho es verdad, el resto son mentiras. Al principio pensaron que habían visto a un negro robando el maíz del tío Silas… Notaréis que ahora parecen ridículos, al darse cuenta de que, por casualidad, alguien los oyó decir estas palabras. Eso es porque, poco tiempo después, ellos supieron quién estaba arrastrando el cuerpo, y *ellos* sabían mejor que nadie (a pesar de haber jurado aquí que lo tomaron por el tío Silas debido a su modo de andar) que no *era él*, y ellos lo sabían cuando juraron esa mentira.

A la luz de la luna, hubo un hombre que sí que vio que una persona asesinada era enterrada en un tabacal…, pero el que lo enterró no era el tío Silas. A esa misma hora él estaba en la cama.

Ahora bien, antes de que siga, quiero preguntaros si habéis notado lo siguiente: que la gente, cuando piensa profundamente, o cuando están preocupados, están siempre haciendo algo con las manos, y no se dan cuenta, no saben qué es lo que están haciendo con las manos. Algunos se acarician el mentón; otros se tocan la nariz; otros se acarician *bajo* la barbilla con la mano; unos hacen revolotear una cadena, otros se desabrochan un botón; luego, hay algunos que dibujan un número o una letra con el dedo en la mejilla, o bajo el mentón o bajo el labio inferior. Eso es lo que hago yo. Cuando estoy cansado, preocupado o pensando mucho, dibujo una V mayúscula en mi mejilla o bajo mi labio inferior o bajo mi barbilla, y nunca otra cosa que no sea una V mayúscula… La mitad de las veces no me doy cuenta o no sé que lo estoy haciendo.

Aquello era muy raro. Eso es justo lo que yo hago; sólo que yo dibujo una O. Y pude ver que la gente asentía con la cabeza, como cuando quieren decir «eso es».

—Pues bien, continúo. Aquel mismo sábado…, no, fue la noche anterior…, hubo un barco de vapor anclado en el embarcadero de Flagler, a unos sesenta y cuatro kilómetros al norte de aquí, y estaba lloviendo, hacía una tormenta de mil demonios. Había un ladrón a bordo, que tenía dos grandes diamantes, los mismos que estaban anunciados aquí en la puerta de esta sala; él se deslizó a tierra con su bolso y se perdió en la oscuridad y la tormenta, esperando llegar hasta el pueblo sano y salvo. Pero él tenía dos compañeros a bordo del barco, escondidos; él sabía que iban a matarlo en la primera oportunidad que tuvieran, y se llevarían los diamantes, pues los habían robado entre los tres, y luego el tipo se hizo con ellos y se escapó.

Bueno, pues no habían transcurrido más de diez minutos antes de que sus compañeros se diesen cuenta de lo sucedido; entonces saltaron a tierra y salieron corriendo tras él. Probablemente encendieron cerillas y encontraron sus huellas. De todos modos, le siguieron el rastro todo el sábado, manteniéndose ocultos; y, hacia la puesta del sol, él llegó hasta un bosquecillo de sicomoros, cerca del campo del tío Silas, y se metió allí para sacar el disfraz de su bolso y ponérselo antes de mostrarse por el pueblo…, y daos cuenta de que él hizo esto justo poco después del momento en que el tío Silas pegó a Júpiter con un garrote en la cabeza…, porque sí *que es verdad* que le pegó.

Pero en el mismo instante en que los compañeros le vieron meterse en el bosquecillo de sicomoros, salieron de un salto de entre los matorrales, y se colaron dentro tras él.

Cayeron sobre el ladrón, y le dieron de garrotazos hasta matarle.

Sí, pues aunque él gritó y aulló muchísimo, no tuvieron ninguna compasión de él y le apalearon hasta matarle. Y dos hombres que venían por el camino le oyeron chillar de aquella manera, y entraron corriendo en el bosquecillo de sicomoros (que de todos modos era el camino que llevaban) y, cuando los compañeros le vieron, salieron disparados, y los dos recién llegados fueron tras ellos, tan rápido como pudieron. Pero, uno o dos minutos después, estos dos últimos hombres volvieron muy callados a entrar de nuevo en el bosquecillo.

¿Qué hicieron entonces? Yo les diré lo que hicieron. Encontraron el sitio en donde el ladrón había dejado el disfraz fuera de su saco de estera listo para ponérselo, y uno de ellos se desnudó y se puso aquel disfraz.

Tom se detuvo aquí un momento, para lograr un mayor «efecto». Luego continuó, muy deliberadamente:

—El hombre que se puso el disfraz del hombre muerto era… *¡Júpiter Dunlap!*

—¡Cielos! —gritaron todos los presentes en la sala, y el viejo el tío Silas parecía totalmente perplejo.

—Sí, fue Júpiter Dunlap. No estaba muerto, como veis. Luego quitaron las botas del cadáver y pusieron en su lugar los viejos y gastados zapatos de Júpiter Dunlap,

mientras éste se calzaba las botas del cadáver. Entonces Júpiter se quedó de pie donde estaba, y el otro hombre arrastró el cadáver hasta la luz de la luna; después de media noche, fue hasta la casa del tío Silas, cogió su bata de trabajo de franela verde de la percha en donde la cuelga siempre, en el pasillo entre la casa y la cocina, y se la puso, cogió luego la pala de mango largo y salió camino del tabacal a enterrar al muerto.

Entonces Tom se detuvo de nuevo durante medio minuto. Luego continuó:

—¿Y *quién* creéis que era el muerto? Era… ¡*Jake* Dunlap, el bandido desaparecido hacía mucho tiempo!

—¡Santo cielo!

—Y el hombre que lo enterró era… ¡*Brace* Dunlap, su hermano!



¿Y quién creéis que era el muerto?

—¡Santo cielo!

—¿Y quién creéis que es este idiota gesticulador que lleva todas estas semanas fingiéndose un forastero sordomudo? Es… ¡*Júpiter* Dunlap!

Dios mío, todos estallaron en aclamaciones, nunca veréis un alboroto como aquél. Y Tom llegó hasta donde estaba Júpiter de un salto, y le quitó las gafas y las falsas patillas, ¡y allí estaba el hombre asesinado, seguro, tan vivo como cualquiera! La tía Sally y Benny comenzaron a abrazar, llorar, besar y a acariciar al viejo tío Silas, hasta tal punto que él quedó más entreverado, confuso y atontado que nunca, y eso es decir mucho. En seguida, la gente comenzó a chillar:

—¡Tom Sawyer! ¡Tom Sawyer! ¡Callaos todos y dejadle continuar! ¡Tom Sawyer, continúa!

Aquello le puso extraordinariamente bravucón, pues le volvía loco ser considerado un personaje público de aquella manera, un héroe, como él solía llamarlo. Así que, cuando todo estuvo de nuevo en silencio, dijo:

—No queda mucho más que decir, sólo esto: Cuando el hombre que está allí, Brace Dunlap, hubo angustiado la vida del tío Silas lo suficiente como para que, por fin, perdiese los estribos y le pegase al charlatán de su hermano con un garrote, supongo que vio venir su oportunidad. Júpiter salió corriendo hacia el bosque a esconderse, y me parece que el juego consistía en hacerle escabullirse durante la noche y dejar el país. Entonces Brace haría creer a todo el mundo que el tío Silas le había matado y escondido su cuerpo en alguna parte; aquello arruinaría al tío Silas, y le obligaría *a él* a dejar el país… Tal vez le ahorcaran, no lo sé. Pero, cuando encontraron a su hermano muerto en los sicomoros, irreconocible, pues estaba tan magullado, se dieron cuenta de que tenían una mejor opción; disfrazarse *ambos* y enterrar a Jake, vestirle rápidamente con la ropa de Júpiter, y sobornar a Jim Lane y a Bill Withers, junto con otros, para jurar decir algunas hábiles mentiras…, que es lo que han hecho. Y ahí están sentados, ya veis que os dije que se pondrían malos antes de que terminase, y ése es el aspecto que tienen ahora.



Aquello le puso extraordinariamente bravucón.

Bueno, pues Huck Finn y yo vinimos con los ladrones en el barco; y el muerto nos contó todo lo de los diamantes, y nos dijo que los otros le asesinarían si tenían la menor oportunidad; así que le ayudamos todo lo que pudimos. Nos dirigimos hacia los sicomoros, donde alcanzamos a oír cómo le mataban, pero volvimos allí muy temprano por la mañana, después de la tormenta, y estuvimos de acuerdo en que, después de todo, nadie había sido asesinado. Cuando vimos a Júpiter Dunlap disfrazado como Jake, del mismo modo que *él* nos dijo que lo haría, creímos que se trataba del mismo Jake… Él estaba diciendo *gu-guu* y fingiéndose sordomudo, y eso estaba conforme a lo acordado.

Bueno, pues Huck y yo rastreamos el cadáver, después de que los otros se habían dado por vencidos, y lo encontramos. Estábamos también muy orgullosos de ello; pero el tío Silas casi nos volvió locos cuando nos dijo que *él* había matado al hombre. De manera que nos arrepentimos muchísimo de haber encontrado el cadáver, y nos sentimos en la obligación de salvar el cuello del tío Silas, si podíamos; pero aquello

iba a ser una tarea muy dura, ya que él no nos dejaría irrumpir en prisión y liberarle, igual que habíamos hecho con nuestro viejo negro Jim[9], como recordaréis.

Durante un mes entero no hice más que pensar en algo que pudiese salvar al tío Silas, pero no pude dar con nada. Así que, cuando llegó el día del juicio, vine con las manos vacías, no podía ver la menor oportunidad por ninguna parte. Pero, al cabo de poco rato, eché un vistazo a algo que me hizo pensar…, tan sólo una pequeñísima ojeada…, sólo eso, y no era suficiente como para estar seguro; pero me hizo pensar muy profundamente… y *observar*, cuando sólo fingía estar pensando; al cabo de un rato, ya completamente seguro, cuando el tío Silas estaba diciendo aquel disparate sobre que *él* había matado a Júpiter Dunlap, volví a mirar, y entonces pegué un salto e interrumpí los procedimientos, porque *sabía* que Júpiter Dunlap estaba sentado delante de mí. Lo conocí por una cosa que le he visto hacer… y la recordé. Se la he visto hacer cuando estuve aquí hace un año.

Entonces, se detuvo otra vez, y meditó durante un minuto —dejando pasar el «efecto»—, yo lo sabía perfectamente. Luego se dio la vuelta, como si fuese a dejar el estrado, y dijo de manera floja e indiferente:

—Bueno, creo que eso es todo.

¡Vaya! ¡Nunca habréis oído semejante aullido! Y fue proferido por la sala entera:

—¿Qué fue lo que le viste hacer? ¡Quédate donde estás, pequeño demonio! ¿Crees que nos vas a dejar con la boca hecha agua, para luego detenerte ahí? ¿*Qué* fue lo que hizo?

Eso era, ¿os dais cuenta? Lo hizo sólo para obtener un «efecto»; no le hubierais podido empujar fuera del estrado ni con una yunta de bueyes.

—¡Oh, no fue nada! —dijo—. Lo había visto entusiasmarse un poquito cuando vio que el tío Silas se estaba condenando a sí mismo y que iba a ser ahorcado por un asesinato que no había cometido nunca; se puso cada vez más nervioso y preocupado, yo le estaba observando fijamente, aunque fingía que no le estaba mirando. De repente sus manos empezaron a trabajar y a inquietarse, y muy pronto, su mano izquierda fue trepando, y su *dedo dibujó una cruz en su mejilla*. ¡Entonces lo pillé!

Bueno, en la sala comenzaron a estallar en aullidos, aplausos y a pisar fuerte, hasta que Tom Sawyer se sintió tan feliz y orgulloso, que no sabía qué hacer consigo mismo. Y entonces el juez le miró desde su púlpito, y le dijo:

—Hijo mío, ¿has *visto* tú los detalles de toda esta extraña conspiración que acabas de describir?

—No, Señoría, no he visto ninguno.

—¡No has visto ninguno! ¡Vaya! Has contado la historia entera claramente, exactamente de la misma manera que si la hubieses visto con tus propios ojos. ¿Cómo lo has hecho?

Tom le respondió, bastante tranquilo y desenvuelto:

—¡Oh! Tan sólo me he dado cuenta de lo evidente, y he juntado un poco de aquí y otro poco de allá, Señoría; sólo un pequeño trabajo de detective; cualquiera podría

haberlo hecho.

—¡De ninguna manera! No hay dos entre un millón que pudiesen haberlo hecho. Eres un chico muy listo.

Entonces le dejaron ir, y dieron a Tom una nueva serie de aplausos, y él…, bueno, él no hubiese vendido aquel momento ni por una mina de plata. Entonces el juez dijo:

—¿Pero estás seguro de que esta curiosa historia es verdad?

—Completamente, Señoría. Aquí está Brace Dunlap…, déjele negar su parte si quiere tener esa oportunidad; yo me comprometo a hacerle desear arrepentirse de haber dicho algo… Bueno, como usted puede ver, él permanece sumamente callado. Y su hermano también está muy quieto, y también los cuatro testigos, a los que habían sobornado para que mintiesen. Y en cuanto al tío Silas, no había ninguna necesidad de hacerle caso. ¡No le creería ni bajo juramento!

Bueno, señor, eso hizo que todos los presentes estallaran en un griterío; incluso el juez se dejó llevar y rompió a reír. Tom se sentía resplandeciente, como un arco iris. Cuando todos hubieron acabado de reírse, él miró al juez y le dijo:

—Señoría, en esta sala hay un ladrón.

—¿Un ladrón?

—Sí, señor. Y lleva encima unos diamantes por valor de doce mil dólares.

¡Cielos! Eso causó otro gran revuelo. Todo el mundo comenzó a gritar:

—¿Quién es? ¿Quién es? ¡Señálale!

Y el juez dijo:

—Señálalo, muchacho. *Sheriff*, arréstelo. ¿Quién es?

Tom dijo:

—El hombre muerto que está aquí… ¡Júpiter Dunlap!

Entonces se oyó otro estruendo que dejó paso a la perplejidad y luego a la excitación; pero Júpiter, que había estado bastante sorprendido hacía ya mucho rato, ahora estaba prácticamente petrificado de asombro. De manera que habló, casi llorando y dijo:

—¡Eso es mentira! Señoría, eso no es justo. Ya tengo las cosas bastante mal sin esa acusación. He hecho todo lo demás… Brace me impulsó a hacerlo y luego me persuadió, prometió hacerme rico algún día, y yo lo hice, siento mucho haber obrado así, y ojalá no lo hubiese hecho; pero no he robado diamantes, y no tengo ningún diamante; ojalá nunca vuelva a despertarme de no ser así. El *sheriff* puede registrarme y verlo.

Tom dijo:

—Señoría, no ha estado bien llamarle ladrón, por lo cual voy a suavizarlo un poco. Él robó los diamantes, pero no lo sabe. Se los robó a su hermano Jake, cuando estaba tendido muerto en el suelo, después de que Jake se los robara a los otros ladrones; pero Júpiter no sabía que estaba robándolos; y ha estado dando vueltas con ellos por aquí, desde hace un mes; sí señor, llevaba encima doce mil dólares de diamantes… Era así de rico, y andaba por aquí todos los días como un pobre. Sí,

Señoría, los lleva ahora consigo.

El juez habló y dijo:

—Regístrele, *sheriff*.

Bueno, señores, el *sheriff* le registró de arriba abajo, y por todas partes: registró su sombrero, sus medias, forros, botas todo… y Tom permanecía allí de pie, muy callado, buscando otro de sus «efectos». Finalmente, el *sheriff* se dio por vencido y todo el mundo parecía desilusionado. Entonces Júpiter dijo:

—¡Ahí lo tenéis! ¿Qué os había dicho?

Y el juez dijo:

—Parece que te has equivocado esta vez, hijo.

Entonces Tom adoptó una pose e hizo como que estaba meditando con mucha concentración y se rascaba la cabeza. De repente, levantó un poco la mirada y dijo:

—¡Oh, ya lo tengo! Lo había olvidado.

Lo cual era una mentira, y yo lo sabía. Entonces dijo:

—¿Tendrá alguien la bondad de prestarme un pequeño destornillador? Había uno en el bolso de tu hermano, Júpiter, pero no creo que lo tengas contigo.

—No, no lo tengo; no me servía para nada, y lo tiré por ahí.

—Eso fue porque no sabías para qué servía.

Júpiter ya se había puesto de nuevo las botas, y cuando lo que había pedido Tom fue pasando por encima de las cabezas de las gentes hasta llegara él, dijo:

—Júpiter, pon el pie encima de la silla.

Entonces se arrodilló ante él y comenzó a desatornillar la chapa del tacón, mientras todo el mundo estaba observando; y cuando extrajo aquel enorme diamante del tacón, lo expuso para que todos lo vieran, dejó que brillara y centelleara la luz del sol por todas partes, entonces todo el mundo contuvo la respiración. Júpiter parecía tan afligido y arrepentido como nunca había visto en mi vida. Y cuando Tom sostuvo en alto el otro diamante, parecía más triste que nunca. ¡Demonios! Como que se había puesto a pensar cómo podría haberse escapado y haber sido rico e independiente, en una tierra extranjera, con sólo que hubiera tenido la suerte de adivinar para qué era el destornillador que había en el saco de estera de su hermano.

Bueno, pues aquél fue un momento de mucha excitación, y Tom se llevó *cords*[10] de gloria. El juez cogió los diamantes y se puso de pie en su púlpito, aclaró su garganta y se puso las gafas hacia atrás de su cabeza, y dijo:

—Los guardaré y se lo notificaré a los dueños; y, cuando envíen a buscarlos, será un verdadero placer para mí daros los dos mil dólares de recompensa, os los habéis ganado… Sí, y también os habéis ganado el agradecimiento más profundo y sincero de esta comunidad, aparte de liberar a esta inocente familia de la ruina y de la vergüenza y salvar a un hombre honrado de la muerte que se le da a una persona que ha cometido un delito grave, ¡y por someter a la infamia y al castigo de la ley a este cruel y odioso bandido y sus miserables criaturas!

Bueno, si hubiese habido una banda de música, con instrumentos de bronce que

tocase algo, entonces habría sido la cosa más perfecta que yo hubiese visto, y Tom Sawyer dijo lo mismo.



Tom me dio la mitad.

Entonces el *sheriff* echó el guante a Brace Dunlap y su gente, y al cabo de poco tiempo, al mes siguiente, el juez los tenía nuevamente en juicio y envió a todo el grupo a la cárcel. Todo el mundo entró de nuevo en tropel a la pequeña y vieja iglesia del tío Silas, y fueron muy amables y encantadores con él y con su familia, como nunca antes; y el tío Silas predicó el más reprochable, embrollado e idiotizante de los sermones que os podáis imaginar, y que os hubiera liado de manera que no pudierais encontrar el camino de regreso a casa a plena luz del día; pero la gente no decía ni pío, sino que aquél era el sermón más brillante, elegante y claro que habían oído en su vida; y permanecieron sentados allí, llorando de cariño y compasión. Pero ¡demonios!, a mí se me ponían los pelos de punta y me daban escalofríos y se me cuajaron los pocos sesos que tenía, hasta volverse sólidos; pero ellos estaban encantados con que la inteligencia del viejo fuese restableciéndose y volviera con ellos y recobrara la sensatez, lo cual me parecía que no era ninguna adulación. Y, de ese modo, toda la familia estaba feliz, como los pajaritos, y no era posible estar más agradecido y amable como lo estaban con Tom Sawyer; igual que conmigo, aunque yo no había hecho nada. Y cuando llegaron los dos mil dólares, Tom me dio la mitad, y nunca se lo dijo a nadie, lo cual no me sorprendió, porque yo le conocía.

Apéndice

El hombre y la época

CUANDO le preguntaron a Jessica Rabbit[11] por qué estaba con Roger, su marido, ella contestó que, entre otras muchas cosas, él le hacía reír. Éste me parece un motivo muy válido incluso para seguir a un autor. Mark Twain despertará en nosotros muchas cosas, entre ellas recuperará los viejos ideales de amistad y solidaridad, tantas veces olvidados, pero sobre todo —y éste tal vez sea su mayor mérito— hará que nos partamos de risa.

Veréis, su nombre real no era Mark Twain. Pero supongo que éste le sonaría más divertido que Samuel Langhorne Clemens, que fue el que le pusieron sus padres al verle por primera vez, en una «aldea casi invisible de Florida, condado de Monroe, estado de Missouri», allá por el año 1835, en los Estados Unidos de América. Por si alguno de vosotros no lo sabe, o siempre le ha dado corte preguntar, o tal vez le haya desmoralizado un poco revisar los tochos con su biografía, os contaré uno de mis últimos descubrimientos: resulta que los pilotos que navegaban por el río Misisipi, cuando tenían que anunciar la medida de dos brazas que indicaba la sonda al medir profundidad del agua, gritaban:

«¡Marca dos!» —bueno, en realidad ellos vocearían: «¡Mark Twain!»—. Y ése fue el seudónimo que elegiría más tarde nuestro autor, aunque no fue el primero en utilizarlo. Si leéis *La vida en el Misisipi*, comprobaréis que hubo alguien que se le adelantó, un capitán severo y con muchos humos llamado Sellers, que escribía por aquel entonces unos artículos para el periódico *Picayune*, en el que daba cuenta del estado del río, para que los demás pilotos y capitanes supieran a qué atenerse. Años más tarde, Samuel nos contaría cómo llegó a adoptar el mismo pseudónimo con el que firmaba el capitán sus escritos: «Uno de los párrafos que escribió el capitán fue tema de mi primer artículo. Lo caricaturicé profusamente, demasiado tal vez, ensartando mis fantasías hasta componer ochocientas o novecientas palabras. Yo era entonces muy joven. Enseñé mi obra a algunos pilotos y ellos se apresuraron a publicarla en el *True Delta*, de Nueva Orleáns. Fue una verdadera pena, porque con aquello no hice ningún buen servicio a nadie, y en cambio ocasioné un dolor profundo a aquel hombre de corazón noble. En la broza mía no había malicia alguna, pero se tomaba a risa al capitán… Yo no sabía entonces, aunque ahora lo sé, que no hay pena comparable a la que experimenta alguien cuando se ve por primera vez llevado a la picota en letras de molde… El capitán me hizo el honor de aborrecerme profundamente… y jamás volvió a escribir nada, ni a firmar nada como *Mark Twain*. Me hallaba yo en la costa del Pacífico, cuando el telégrafo me trajo la noticia de su muerte. Yo era entonces un periodista flamante que necesitaba un *nom de guerre*, de

manera que procedí a conquistar el que el viejo marino dejó de lado, y he hecho todo cuanto he podido para que siguiera siendo lo que había sido en sus manos: una divisa, un símbolo y una garantía de que podría apostarse dinero a que todo cuanto lo lleva es la verdad hecha piedra. Hasta qué punto lo he conseguido, no resultaría modesto que yo lo dijese». Menuda reparación ha hecho de aquel error, ¿no os parece?

No sé si alguna vez os habréis preguntado qué otras cosas interesantes sucedieron en el mundo, en el año en que nacisteis, además, claro está, de ese gran acontecimiento en particular. Pues a Mark Twain le hacía muchísima ilusión la aparición del cometa Halley, tanta que, cuando ya era un anciano de onduladas melenas blancas y tupido bigote de nieve, le dijo a su secretario, el señor Paine: «El año próximo vuelve el cometa, y espero marcharme con él. Sufriré la desilusión más grande de mi vida, si no me voy con el cometa Halley. Sin duda que el mismo Dios debe haber dicho: *Ahí tenemos a esas dos absurdas extravagancias: coincidieron en venir, deberán coincidir también en marcharse*».

Sin embargo, otros acontecimientos menos afortunados en la vida de su país rodearon también la época en que le tocó vivir: el problema de la esclavitud, las diferencias económicas del norte y del sur, cuyo resultado fue la Guerra de Secesión (1861 − 1865), que terminó formalizándose cuando los sudistas, atendiendo a la llamada de Carolina del Sur, constituyeron los Estados Confederados de América el 8 de febrero de 1861, cuya capital se estableció en Richmond (estado de Virginia), bajo la presidencia de Jefferson Davis. La guerra terminó con la rendición del sur, el 9 de abril de 1865. Una de sus mayores consecuencias fue la abolición de la esclavitud, el 31 de enero de 1865. La resistencia de los propietarios blancos ante esta medida tomó la siniestra forma del Ku-Klux-Klan. Los recordaréis por aquella espectral aparición de hombres encapuchados de blanco, en la película *Lo que el viento se llevó*. Para los que sois fanáticos de la tele, ese alienígena cuadrado que nos mira sin ojos y no para de hablarnos, hay una versión más reciente en la serie de la *Doctora Quinn*. En uno de los episodios habréis tenido la oportunidad de observar que, al principio, cuando surgieron, la gente que se colocaba la puntiaguda capucha blanca para seguir a sus líderes no tenía mucha idea de lo que estaba haciendo. En aquella época, tales actitudes hacia los negros eran tan «naturales» como las negras nubes en el cielo anunciando tormenta. En *Las aventuras de Huckleberry Finn*, cuando una mujer pregunta a Huck si ha habido heridos en un barco, él responde: «No señora. Mató a un negro». Y la mujer añade: «Pues ha sido una suerte, porque a veces hay heridos». En *Tom Sawyer, detective*, también encontraremos algo parecido en el capítulo 5, en la conversación que mantienen Bill Withers y su hermano Jack.

En los años que rodearon a Mark Twain, el crecimiento económico de Norteamérica se vio favorecido con la construcción de los ferrocarriles, que llegó a unir las dos costas del continente. También se dio un gran impulso a la navegación fluvial y todo ello contribuyó a la creación de nuevos estados, territorios en donde se buscaban metales preciosos para enriquecerse rápidamente. A este enriquecimiento

también contribuyó la migración de las poblaciones hacia los centros urbanos, las oleadas de la inmigración europea, la expansión de las fronteras, la conquista de territorio a los indios, cuyas tribus fueron prácticamente exterminadas, quedando reducidas a espacios que hoy se conocen como «Reservas». Si tenéis la oportunidad, no dejéis de leer el discurso del Gran Jefe Seattle con motivo de la recepción del gobernador Stevens, que ostentaba el título de Comisionado de los Asuntos Indígenas del territorio de Washington, y del que el Dr. Henry Smith se encargó de tomar nota para que luego fuese publicado en el periódico *The Seattle Sunday Star*, aparecido el 29 de octubre de 1887, en Washington. He aquí algunos fragmentos:

> *… La noche y el día no pueden morar juntos. El hombre de piel roja ha huido siempre de las cercanías del hombre blanco, como la cambiante neblina de la ladera de la montaña, huye del ardiente sol.*
>
> *De cualquier modo, su proposición parece justa, y creo que mi gente la aceptará y se retirará a las reservas que ustedes les han ofrecido… Importa poco dónde pasemos el resto de nuestros días. La noche del Indio promete ser larga. Las estrellas ya no brillan en el horizonte… Unas pocas lunas más, unos pocos inviernos, y ninguno de los poderosos huéspedes que una vez llenaron este amplio territorio, y que ahora deambulan en grupos fragmentarios a través de estas vastas soledades, y que en otros tiempos vivieron felices en sus hogares, protegidos por el Gran Espíritu, quedará para llorar sobre las tumbas de los que fueron poderosos y llenos de esperanza como ahora lo es vuestra gente… Por la noche, cuando las calles de vuestras ciudades y aldeas estén silenciosas, y todos crean que están desiertas, volverán a llenarse de los huéspedes que antes poblaron y amaron esta hermosa tierra…*

Además de todo esto, el entorno histórico de Mark Twain, estuvo salpicado de una gran corrupción política, y otros males diversos.

Pero el más profundo, y que todavía continúa en la actualidad, es el de la discriminación racial. Mark Twain la describía de este modo: «Como he dicho, vivíamos en una comunidad esclavista; además, cuando desapareció la esclavitud, mi madre había estado en contacto con ella durante sesenta años. Con lo bondadosa y compasiva que era mi madre, creo que no tenía conciencia de que la esclavitud era una usurpación directa, grotesca e injustificable… En la región de Hannibal, no había nada que despertara los dormidos instintos humanitarios y los pusiera en movimiento. Era una esclavitud doméstica y ligera, no era la esclavitud brutal de las plantaciones. Las crueldades eran muy raras y sumamente impopulares. El separar y vender un miembro de una familia esclava a distintos dueños era una cosa no bien vista por la gente y eso no se hacía con frecuencia… El tratante de negros era odiado por todo el

mundo. Le consideraban una especie de diablo humano que compraba y llevaba pobres criaturas indefensas al infierno, porque para nosotros, blancos y negros, las plantaciones del sur eran simplemente el infierno; un nombre más suave no podría describirlas».

Si queremos conocer más detalles sobre su niñez, tendríamos que echar una ojeada a otra de sus novelas, *La edad dorada*, que escribió en colaboración con Dudley Warner. A la edad de cuatro años, su familia se trasladó a Hannibal, un mercado de granjeros, a orillas del río Misisipi, que por aquel entonces era la frontera más extrema de la civilización yanqui. Norteamérica iniciaba la conquista del Oeste. Por el río transcurrían las interminables idas y venidas de los vapores, alrededor de las cuales giraba toda la actividad de los pobladores de Hannibal: «¡Vapooor a la vista!, y toda la escena cambia. El borracho del pueblo se mueve, los empleados se despiertan, se produce un traqueteo furioso de carros… y en un abrir y cerrar de ojos la población revive y se mueve. Carros, carretas, hombres y muchachos, todos se apresuran desde distintos puntos, para ir a un centro común: el muelle… Al cabo de diez minutos, cuando ya se ha subido y bajado la carga del vapor, la población está muerta de nuevo y el borracho del pueblo vuelve a dormirse en los tablones».

A falta de *Tetrix* con que jugar, o de pelearse con sus hermanos por ver quién era el primero para el *Street Fighter*, Samuel jugaba en el río. En lugar de levantarse mareado de la mesa del ordenador, con los ojos a punto de donarlos para una nueva versión del personaje de Jim Carrey en *La máscara*, Samuel estuvo a punto de pasar a la historia como el niño que tenía más vidas que el gato: por lo menos unas nueve veces hubo que rescatarlo de una u otra orilla del río. Su madre, en vez de dejarle sin *bollicaos* para el colegio durante toda la semana, solía decir tranquilamente: «Quien está destinado a la horca no corre peligro de morir ahogado».

Esto me recuerda a mi perro, un pastor alemán la mar de divertido, que cada vez que lo llevábamos a la playa y veía el agua…, pero ésa es otra historia. Mejor sigamos con Mark Twain, que tengo que terminar el apéndice para que pueda publicarse este libro.

Cuando cumplió doce años perdió a su padre, y tuvo que dejar la escuela y ponerse a trabajar. Sin embargo, tal vez lo que haya despertado en él su gran creatividad fuera, como casi todo lo que ocurre en la vida, un hecho fortuito: su tío se instaló en Hannibal con una pequeña imprenta. Allí, en el periódico del distrito, fue donde comenzó a hacer sus primeros pinitos en la literatura, con los que a veces ponía en grandes aprietos a su director por sus comentarios humorísticos sobre cualquier personalidad o acontecimiento de su entorno que despertaran su espíritu burlón.

A los dieciocho años, decidió ir a recorrer el mundo, sin más equipaje que su oficio de cajista de imprenta. Así fue viajando por diversas ciudades como St. Louis, Keokuk, Cincinnati, hasta llegar a Nueva York. Se fue de casa, resuelto a volver convertido en todo un piloto de barco de vapor. Pero no fue admitido como aprendiz,

de modo que siguió trabajando en el oficio que ya tenía, dispuesto a buscar nuevas aventuras. Así, se le ocurrió explorar el río Amazonas. Entonces se embarcó para Nueva Orleáns, con sólo diez dólares en el bolsillo. Pero, como el dinero no le alcanzaba ni para poner el pie en el barco que le llevara a tan ansiado destino, desistió y logró colocarse como aprendiz de piloto. Hasta aquí le siguió su hermano pequeño, Henry, al que Samuel se encargó de defender en una ocasión, desafiando —mejor dicho, derribando de un silletazo— la autoridad del piloto del vapor, un hombre déspota y brutal, cuyo orgullo habría quedado desparramado, junto con los restos de la silla, en algún lugar de cubierta.

Convertido ya en piloto de vapor, estalla la guerra civil entre los estados abolicionistas del norte y los esclavistas del sur, cuya riqueza agrícola estaba basada en la explotación de los negros. Mark Twain entonces deja de trabajar como piloto fluvial. Corría ya el año 1860, época en la que ingresa en las milicias de un grupo de voluntarios de su pueblo. Sus experiencias están contadas en un artículo llamado *Relato particular de una campaña que fracasó*, en donde se relatan las peripecias de una muchedumbre armada antes de convertirse en un verdadero ejército.

Dándose cuenta de que no había nacido para empresas bélicas, tuvo que seguir buscándose la vida. Entonces se convirtió en minero, luego en informador de prensa, más tarde en buscador de oro de California, y a continuación en reportero en la ciudad de San Francisco. Luego fue enviado especial de prensa a las islas Sándwich, más tarde fue conferenciante y luego corresponsal en Europa y Tierra Santa. Estos viajes están relatados en su libro *Pasando fatigas*. También trabajó como secretario de su hermano mayor, Orión, que había sido nombrado por Lincoln secretario del gobernador del nuevo territorio de Nevada. Durante estos años siguió forjándose como escritor y conferenciante humorístico. Nevada estaba pasando por la fiebre de la plata, y Samuel decidió probar suerte como buscador de nuevos filones. También continuaba escribiendo y enviando crónicas espontáneas a periódicos diversos. Uno era el *Territorial Enterprise*, cuyo propietario era José Goodman, que le ofreció el empleo de informador local en su periódico de Virginia City. Pero este trabajo le parecía demasiado aburrido y presentó su dimisión antes de que lo echasen de mala manera. Siguió probando como buscador de oro, y fue precisamente en California, en un campamento de mineros, en donde le contaron el episodio de *La célebre rana saltarina del condado de Calaveras*, el primero de sus libros. Luego resultó que el hecho había sido un apólogo griego, pero por supuesto Mark Twain no lo sabía: suele sucederle a más de uno. Además él lo contó con mucha más gracia. A ese libro le siguió otro: en 1869 publicó *Inocentes en el Extranjero*. A partir de ese libro la literatura norteamericana toma un nuevo giro, se torna más independiente frente a las tradiciones europeas. Obtuvo un gran éxito editorial, editándose más de cien mil ejemplares, una cifra extraordinaria para la época.

Cuando estaba en Nueva York, el 27 de diciembre de 1867, se detuvo en ese estado catatónico en el que suelen quedar suspendidos los seres humanos cuando son

alcanzados por la flecha de Cupido: conoció a la que sería la compañera de toda su vida, Olivia Langdon. La primera vez que salió con ella, lo hicieron acompañados de una amiga suya, y fue para asistir a una conferencia dada por Charles Dickens durante su primer viaje a Estados Unidos. Para variar, también le escribió a ella. Estas cartas se publicaron bajo el título de *Cartas de amor de Mark Twain*. Para los románticos, ahí van unos fragmentos: «¡Te amo, te amo, te amo, Olivia! […] Lograré hacerme digno de tu amor inapreciable. Ésa es ahora la tarea más gozosa de mi vida… Olivia, te amo con la mayor ternura, de una manera continua y constante…».

En 1871, se establecen en Connecticut, y al año siguiente tienen su primera hija, Susan. Luego tienen a Clare, que escribió también un libro sobre su padre.

Se suceden varios viajes en la vida del escritor, y su período de mayor apogeo —esos felices años en los que nos encontramos la mar de creativos y que nunca queremos que se pasen—, lo encontramos entre los años 1870 y 1890.

En 1873 publica su primera novela, *La edad dorada*, obra en la que hace una sátira de la vida política y social, y en donde también se narra la fiebre general de todo el mundo por hacerse rico fácilmente. Samuel aprovechó la ocasión para llamar a los políticos «la única clase criminal». En 1876 publicó *Las aventuras de Tom Sawyer*, en 1882 *El príncipe y el mendigo*, en 1883 *Vida en el Misisipi*, y en 1884, estando en Inglaterra, publica la que todos coinciden en que fue su mejor obra: *Las aventuras de Huckleberry Finn*.

Siguiendo con su buena racha, decide invertir su capital en dos negocios: uno fue la editorial Webster, y el otro, una máquina de linotipia que prometía ser un prodigio. En el verano de 1893 se desencadena en Estados Unidos un desastre financiero, que arruinó económicamente a muchos empresarios, entre los cuales estaba nuestro autor. Pese a todo sigue escribiendo, entre los muchos viajes de Norteamérica a Europa. De esa época data su *Novela de un joven esquimal*, los capítulos sobre *Pudd'nhead Wilson* (que ha sido traducido como *Cabezahueca Wilson), Un vagabundo en el extranjero, Un yanqui de Connecticut en la corte del rey Arturo, y Siguiendo la línea del Ecuador*. Escribía todo cuanto podía y daba infinidad de conferencias en una larga gira por todos los dominios británicos, para hacer frente a la ruina económica y deudas acumuladas. En el transcurso de todos estos avatares, el humorismo de Clemens se va puliendo, haciéndose cada vez más refinado, y pudiendo acceder así a otras capas sociales más elevadas intelectualmente.

Para colmo de males, se suceden una serie de desgracias en su familia: mueren dos de sus hijas y su mujer, por lo que cierto pesimismo queda reflejado en sus dos obras: *El hombre que corrompió a Hadleyburg* y *El forastero misterioso*. La familia pasaba largas temporadas en Europa, porque les resultaba más barato que vivir en los Estados Unidos. Algunos de sus mejores artículos fueron escritos en Viena. También escribe *Mis recuerdos personales de Juana de Arco*. De vuelta en su país es recibido con todos los honores y su situación económica se estabiliza, pero su tristeza y pesimismo empezaron a minar su salud. Sus bromas ahora iban dirigidas a los

médicos por no poder curarlo.

Estando ya muy enfermo y abatido, escribe dos obras más: *Mi novia platónica* y el *Diario de Eva*. La muerte le sorprendió escribiendo, cogido de la mano de su hija Clare, el 21 de abril de 1910. Nuevamente, el cometa Halley fue el invitado de honor, sólo que, esta vez, a su funeral.

La obra.

Podría afirmarse que la obra de Mark Twain perteneció a la escuela de la novela realista, aunque en su obra aparecen siempre disparatados elementos, capaces de dar al traste con cualquier intento de clasificación. Su ojo crítico y observador, conocedor de la naturaleza humana, en muchas de sus variadas facetas, da vida a sus personajes, que actúan como lo harían los seres humanos que él conoce, constantemente salpicados por un gran sentido del humor, expresividad, espontaneidad, ternura, vigor y energía. Según él mismo dice, «¡dichosos los hombres-niños, en los que no se agotó el venero de la risa pura!». Su gran contribución a la literatura norteamericana fue enriquecerla con materiales procedentes del folklore, la tradición y de sus propias experiencias, marcadas por los relatos fronterizos y por su infancia a orillas del Misisipi. Todo esto surtido con varias formas dialectales, en contraposición con el estilo tan formalista preocupado excesivamente por la estética procedente del norte y del nordeste (Nueva Inglaterra).

En estas dos novelas, el narrador es Huck, un muchacho sin demasiada cultura, que nos cuenta lo que ve y lo que siente, con un lenguaje espontáneo y simple, con bastante sentido común y una gran admiración por su amigo Tom. Con su tono coloquial y colorido, nos va contando sus pensamientos y opiniones —no os perdáis todas las consideraciones que le merece el inventor del globo— sobre lo que ve a su alrededor, con tanto detalle, que casi parecería que pudiésemos estar con ellos volando en globo, enterrados hasta el cuello de arena, o mirando por la ventana de la habitación al amanecer cómo el tío Silas enterraba el cadáver. Debido a su gran sensibilidad, Huck nos acerca hasta la vanidad de Tom, los miedos de Jim, la ternura de Benny y de su madre, los remordimientos del tío Silas, y todos los personajes y sucesos que aparecen en ambas historias. Según nos lo describe el mismo Twain, Huck era un personaje real que él conoció cuando era niño: «… he dibujado a Tom Blankenship tal cual era: ignorante, sucio, sin comida suficiente, pero con el corazón más bueno que jamás haya tenido un muchacho. No había ninguna limitación en su libertad…, estaba continua y tranquilamente feliz…». Todas estas características de Huck se dejan ver en su manera de relatarnos los hechos.

Tom Sawyer en el extranjero contiene muy pocos datos autobiográficos sobre Mark Twain, ya que parece ser que al único globo al que subió fue el de un parque de atracciones. Lo que sí se sabe a ciencia cierta es que él estaba empezando a escribir algo parecido, aunque la historia se trataba de un francés convicto que había robado un globo en París y con él se había marchado hasta Illinois. El caso es que, por

aquella misma época, Julio Verne publica su obra *Cinco semanas en globo*; entonces aquel borrador, convertido ya en una arrugada bola de papel muy frustrada y ofendida, fue a parar al cesto de la basura. Pero, como no hay mal que por bien no venga y que además cien años dure, Mark Twain se inspiró en la obra de Verne para la creación de esta nueva aventura, trasladando allí a sus tres personajes: Tom, el jefe de la expedición, desesperado por tener una discusión inteligente con sus compañeros (en la novela de Verne sería el Dr. Fergusson), Huck Finn (en la misma novela sería Kennedy) con los pies en la tierra —aunque, por esta vez, no tenía ocasión de apoyarlos demasiado—, y Jim (el personaje de Joe en el otro globo)… Bueno, como comprobaréis vosotros mismos, era algo «limitado» de caletre, y las supersticiones lo traían de cabeza. En esta primera historia, Huck nos cuenta un viaje en globo, en el que los tres amigos se embarcan al azar: el globo despegó, antes de que ellos pudieran bajarse, permaneciendo a bordo con su chiflado profesor. Mark Twain adopta varios episodios de la novela de Verne, como el encuentro con los leones, el rescate con la escala, el hallazgo del oasis, la visión del espejismo y el encuentro con la caravana perdida bajo una tormenta de arena. La novela es un relato de todas estas aventuras ocurridas durante el viaje a bordo de la extraña nave, que, provista de alas y abanicos, los lleva en un recorrido que va desde Estados Unidos hasta el Monte Sinaí. El ritmo de la novela es muy ágil, ya que a cada período de descanso, en el que hasta nos alegramos de que no corran más peligros, se sucede un nuevo *suspense* y más dificultades que ponen a prueba el ingenio de Tom, «el eronauta», que siempre acude al rescate de sus amigos y nos sorprende con sus reacciones inesperadas. Me parece que habría que destacar las conversaciones y discusiones entre ellos, los cuentos extraídos de *Las mil y una noches*, los espejismos y las consideraciones con la pulga y demás. Huck logra describirnos maravillosamente cada uno de estos hechos y la comprensión y cariño que le merecen sus personajes. Resultan conmovedores sus comentarios sobre el orgullo herido de Tom, cuando cree haberle «ganado» en uno de sus razonamientos, o cuando habla de la bondad del negro Jim (no os perdáis su divertida descripción sobre sus ronquidos en medio del desierto) y su respeto por los fantasmas, que también es compartido por él mismo.

El cuento del derviche y el hombre que había perdido su camello, que Tom Sawyer conoce por haberlo leído, como otros, en *Las mil y una noches*, ha tenido una larga fortuna literaria. A este propósito escribe Fereydoun Hoveyda: «En *Las mil y una noches* pululan toda clase de anécdotas dignas de Sherlock Holmes. Así ocurre, por ejemplo, con los hijos del sultán del Yemen, acusados de robo por haber descrito con todo detalle el camello desaparecido, aunque sólo se basaran en las huellas descubiertas en el camino recorrido por ellos. ¿Que el camello no tenía cola? Es porque el excremento se acumulaba en montoncitos, cuando normalmente el movimiento de la cola hubiera debido desparramarlo. ¿Que iba cargado de un lado con dulces y del otro con especies? Es que sólo había moscas en uno de los lados de la carretera, en el lugar donde se había arrodillado el camello. ¿Que era tuerto? Es

porque sólo había comido la hierba a un lado del camino… El viaje y las aventuras de los tres príncipes Serendip, traducidos del persa en 1716 por Mailly, relatan el mismo tipo de historia. Fácilmente se reconocerá en todos estos gestos y hechos la sagacidad de Zadig, a quien Voltaire hace describir el caballo del rey y la perra de la reina, que nunca ha visto[12]».

No sólo lo utilizó Voltaire en su *Zadig*. También lo hizo Wilhelm Hauff en el cuento del judío Abner, aunque en este caso el animal extraviado era un caballo. Por lo demás, el cuento pertenece también a la tradición oral de los cuentos-enseñanza de los derviches de la orden Naqshbandi. Es evidente que alguna de las versiones tuvo que ser leída por nuestro autor para transcribirlo en su obra. Podéis deducirlo vosotros mismos. Aquí va el cuento, tal como es contado entre los derviches:

> *Hubo una vez tres sufíes tan observadores y experimentados acerca de la vida, que llegaron a ser conocidos como «los tres perceptivos».*
>
> *En una ocasión, en uno de sus viajes, encontraron a un camellero que les preguntó:*
>
> *—¿Habéis visto mi camello? Lo he perdido.*
>
> *—¿Es ciego de un ojo? —inquirió el primer perceptivo.*
>
> *—Sí —dijo el camellero.*
>
> *—¿Le falta uno de los dientes de adelante? —preguntó el segundo perceptivo.*
>
> *—Sí, sí —respondió el camellero.*
>
> *—¿Es cojo de una pata? —Averiguó el tercer perceptivo.*
>
> *—Ciertamente —reconoció el camellero.*
>
> *Los tres perceptivos aconsejaron al buen hombre que caminase en la misma dirección que ellos habían seguido hasta allí, pero en sentido contrario, y podría encontrarlo. Pensando que ellos lo habían visto, el camellero se apresuró a seguir su consejo.*
>
> *Pero no encontró al camello. Se dio prisa entonces en regresar para entrevistarse una vez más con los perceptivos, a fin de que le dijeran qué debía hacer.*
>
> *Los encontró al atardecer, en un lugar donde estaban descansando.*
>
> *—¿La carga que lleva su camello es miel a un lado y maíz al otro? —preguntó el primer perceptivo.*
>
> *—Sí, sí —dijo el hombre.*

—¿Lo monta una mujer embarazada? —preguntó el segundo perceptivo.

—Sí, sí —respondió el camellero.

—Ignoramos dónde está —dijo el tercer perceptivo.

Tras estas preguntas y esta negativa, el camellero llegó al convencimiento de que los tres perceptivos le habían robado su camello, su carga y su jinete. Por tanto, los demandó ante el juez, acusándolos de ladrones.

El juez consideró que había causa para desconfiar de ellos, y los detuvo como sospechosos de robo, para llevar a cabo las consiguientes diligencias que confirmasen su culpa o los absolviera de ella.

Algo más tarde, el camellero encontró al animal vagando por el campo. Regresó a la corte y pidió que los tres perceptivos fuesen puestos en libertad.

El juez, que no les había dado, hasta el momento, oportunidad de justificarse, preguntó cómo pudieron saber tanto acerca del camello sin siquiera haberlo visto.

—Vimos las huellas de sus pisadas en el camino —dijo el primer perceptivo.

—Una de las marcas era más débil que las demás, por lo que deduje que era cojo —dijo el segundo perceptivo.

—Había mordisqueado los matorrales de un solo lado del camino y, por consiguiente, tenía que ser ciego de un ojo —dijo el tercer perceptivo.

—Las hojas estaban rasgadas —continuó el primer perceptivo—, lo cual indicaba que había perdido un diente.

—Abejas y hormigas, en diferentes lados del camino, se amontonaban sobre algo depositado en él. Vimos que eran maíz y miel —explicó el segundo perceptivo.

—También encontramos algunos cabellos humanos, tan largos que nos hicieron pensar que eran de mujer. Y estaban precisamente donde alguien había detenido al animal y se había apeado —declaró el tercer perceptivo.

—En el lugar donde la persona se sentó, observamos huellas de las palmas de ambas manos, lo que nos hizo pensar que había tenido que

apoyarse, tanto al sentarse como al levantarse, y por ello dedujimos que debía de estar embarazada, en un período muy avanzado de gravidez —dijo el primer perceptivo.

—¿Por qué no solicitaron ser oídos por el juez, para presentar estos argumentos en defensa propia?

—Porque contamos con que el camellero seguiría buscando y no tardaría en encontrar al animal —dijo el primer perceptivo.

—Y que se sentiría lo suficientemente generoso como para reconocer su error y solicitar nuestra libertad —dijo el segundo perceptivo.

—También contamos con la curiosidad natural del juez, que lo llevaría a investigar —dijo el tercer perceptivo.

—Descubrir la verdad por sus propios medios sería más beneficioso para todos, que el que insistiéramos en que se nos había tratado con impaciencia —dijo el primer perceptivo.

—Sabemos, por experiencia, que es mejor que la gente llegue a la verdad a través de lo que piensa por voluntad propia —dijo el segundo perceptivo.

—Ha llegado la hora de que nos marchemos, porque nos espera una labor que debemos llevar a cabo.

Y los pensadores sufies siguieron el destino que se habían marcado. Todavía se los encontrará trabajando por los caminos de la tierra.

El cuento del caballo con una clavija, que utiliza Tom en uno de sus inútiles razonamientos con Huck, procede de *Las mil y una noches*, como ha quedado explicado en la nota correspondiente, y también tiene una tradición literaria que llega hasta Twain pasando por *El Quijote*. A este respecto, conviene señalar una vez más la semejanza que Tom y Huck guardan con don Quijote y Sancho. Hay momentos en que los diálogos y los razonamientos parecen calcados. Cuando Huck dice «soy pacífico y no me gusta meterme en peleas con personas que no me han hecho nada» (págs. 19 − 20), nos parece estar oyendo a Sancho decir: «Yo de mío me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias» (*Quijote* 8; cf. II, 14).

Tom Sawyer en el extranjero, uno de los mayores atrevimientos de Twain con el género de ciencia ficción, tiene un final que resulta un tanto abrupto, como resultado de la intervención de la gruñona tía Polly. Este final ya nos da una idea de la distancia que media entre el modelo de Verne y la recreación de Twain. A éste no le interesan para nada los aspectos científicos que con tanta minuciosidad y verosimilitud intentaba describir Verne; en Twain, por el contrario, todo el manejo del globo y su

comportamiento en el aire es un puro disparate, y sólo le interesan los aspectos cómicos de las situaciones, para poner de relieve la peculiar psicología de cada uno de los personajes.

Tom Sawyer, detective está basada también en la novela de Steen Steenson Blicher, publicada en 1829 con el nombre de *El Ministro de Veilby*, basado en un famoso asesinato ocurrido en Dinamarca, a finales del siglo XVII. Trasladando la escena a la granja de Phelps, descrita en *Las aventuras de Huckleberry Finn*, Mark Twain utiliza nuevamente a Huck como narrador, y a Tom como el personaje principal, quienes esta vez corren en ayuda de su tío Silas, y acaban investigando un misterioso asesinato.

Hay más personajes que contribuyen al intríngulis de la historia: el papel de malo se lo llevaría Brace Dunlap, para el que sin duda el fin justifica los medios; unos gemelos, que sólo son parecidos físicamente; un falso sordo mudo, fantasmas, y un abogado novato, más perdido en el juicio que un piojo en la cabeza de un calvo.

El narrador, Huck, con su acostumbrada admiración por su amigo Tom, nos describe estupendamente escenarios, hechos y características de los personajes. Nos transmite, como siempre, y con un gran sentido del humor los temas que constituyen una constante en las obras de Twain: la compasión por las debilidades humanas, su rechazo por las injusticias y el daño a los inocentes, como él nos lo describe en su autobiografía: «… Me he dedicado, con constancia y fidelidad, al estudio de la raza humana, es decir, al estudio de mí mismo, porque, en mi persona individual, soy la raza comprimida… Como resultado, mi opinión secreta y privada de mí mismo no resulta halagadora. De ahí se deduce que mi valoración de la raza humana es el doble de mi valoración de mí mismo».

Huck también nos describe la infinita ternura de Benny con su padre, cuando resulta ser la única que le calma y le tranquiliza; la indignación de Tom ante la acusación que se le hace a su tío; las efusivas demostraciones de afecto de tía Sally, y las descripciones de sí mismo, cuando resulta ser siempre el que se duerme o se da por vencido fácilmente, en contraposición a su amigo, el héroe de la historia.

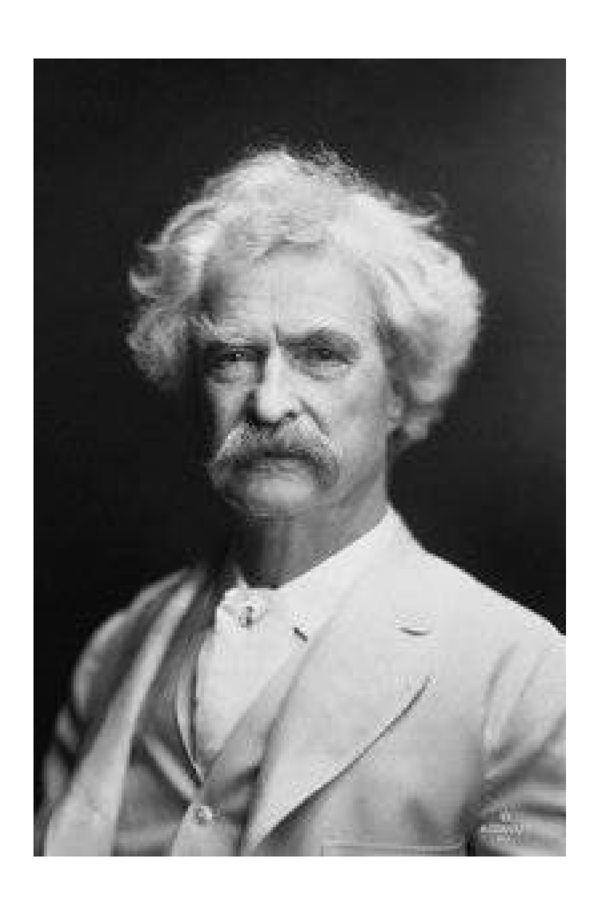
Al igual que en *El Quijote* de Cervantes, uno de sus libros favoritos, Mark Twain utiliza esta historia como pretexto para una nueva burla, esta vez, de las historias de detectives. Tom Sawyer es la gran imitación del detective Sherlock Holmes, y Huck Finn, es su fiel colaborador, el Dr. Watson. Como ya es característico en él, Mark Twain no resiste la tentación de exagerar lo hechos hasta hacer que parezcan ridículos, para construir el clima de la novela. Recordemos cuando Huck, en medio del juicio, nos dice que, si hubiese una banda de músicos de fondo en plena revelación de los acontecimientos, todo resultaría perfecto. No os perdáis tampoco la ingeniosa treta de que se sirvió Jake para birlar un par de valiosos diamantes a sus dos bribones compinches de fechorías.

El criterio seguido en la presente traducción ha sido el de siempre: respetar al máximo el tono elegido por el autor al escribir su obra. Por eso he mantenido el tono

coloquial de Huck, el cual, ni por asomo, hablaría con demasiados arreglos retóricos (regla decimotercera del código del arte literario, mencionado por Mark Twain en *Los defectos literarios de Fenimore Cooper*: «Emplear el vocablo justo y no su primo segundo»), ni como lo haría un adulto culto.

Espero, sinceramente, que al leer estas dos historias, os hayáis divertido tanto como yo. Mark Twain siempre nos recordará aquello de que «el humor es una cosa muy seria».

Maylee YÁBAR-DÁVILA



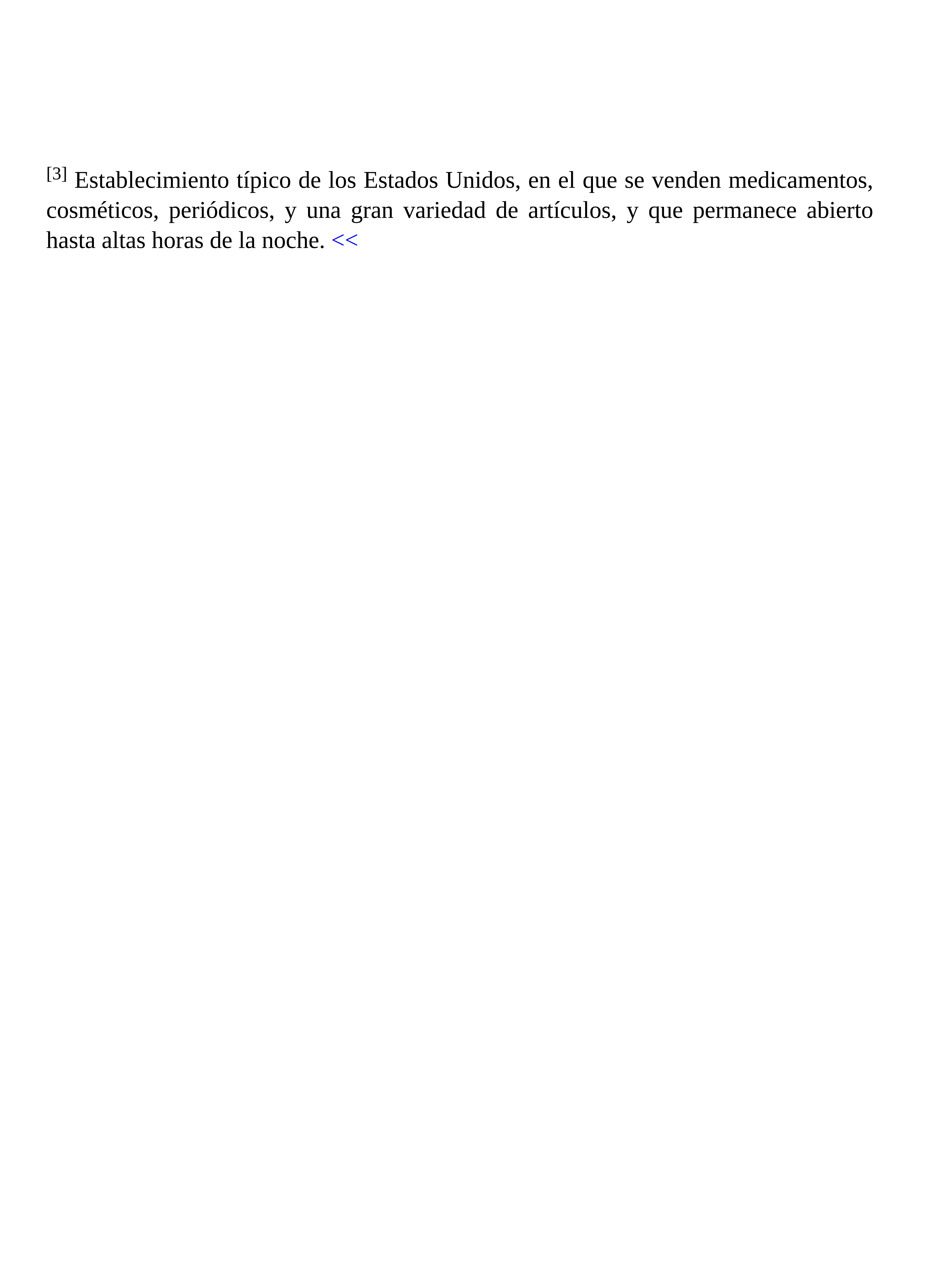
MARK TWAIN, seudónimo de Samuel Langhorne Clemens, nació en Florida, Missouri, en 1835. Pasó su infancia y adolescencia en Hannibal, a orillas del río Misisipi. En 1861 viajó a Nevada como ayudante personal de su hermano, que acababa de ser nombrado secretario del gobernador. Más tarde, en San Francisco, trabajó en *The Morning Call*. En 1866 realizó un viaje de seis meses por las islas Hawái y al año siguiente embarcó hacia Europa. Resultado de este último viaje fue uno de sus primeros éxitos editoriales, *Inocentes en el extranjero*, publicado en 1869. En 1876 publicó su segunda obra de gran éxito, *Las aventuras de Tom Sawyer*, y en 1885 la que los críticos consideran su mejor obra, *Las aventuras de Huckleberry Finn*. Murió en 1910 en Redding, Connecticut.

NOTAS



[1] *Mumbletypeg*: Juego de niños, en el que una navaja es arrojada de varias maneras para que se clave con el filo en la tierra. El que pierde tiene que sacar una estaquilla del suelo con los dientes. <<

[2] *Strass* (de J. *Strasser*, joven austríaco del siglo XVIII). Vidrio muy denso, coloreado con óxidos metálicos (cobalto, cobre, manganeso) para imitar piedras preciosas. <<



[3] Establecimiento típico de los Estados Unidos, en el que se venden medicamentos, cosméticos, periódicos, y una gran variedad de artículos, y que permanece abierto hasta altas horas de la noche. <<



[4] Nueva alusión a *Las aventuras de Huckleberry Finn*, en este caso a los capítulos 34 y siguientes. En este capítulo volveremos a hallar diferentes alusiones a la última parte de *Las aventuras*… <<

[5] *Straight as a string*: Juego de palabras intraducibie. *Straight* significa «honestidad, franqueza», y también «recto, derecho». Literalmente equivaldría a «sin curvas, como la cuerda de un instrumento». Quiere decir que el niño le cuente toda la verdad, que no dé más vueltas contándole mentiras. <<



[6] Silas responde con las mismas palabras que Caín a Yahvé tras la muerte de Abel (*Génesis* 4, 9). <<

[7] Alusión a *Job* 1, 15.16.17.19: «Sólo yo escapé para contarlo». Melville utilizará el mismo versículo como epígrafe del Epílogo de su *Moby Dick*. <<



[8] Alude a la «señal» que Yahvé puso a Caín tras el asesinato de su hermano Abel (*Génesis* 4, 15). <<

[9] Alusión a los últimos capítulos de *Las aventuras de Huckleberry Finn*. <<

[10] Medida para cargas de leña. <<



[11] Personaje de dibujos animados de la película *¿Quién engañó a Roger Rabbit?*, de Steven Spielberg. <<

[12] F. Hoveyda, *Historia de la novela policiaca*, Alianza, Madrid 1967, págs. 16, 17. El cuento se halla, en efecto, en el capítulo III del *Zadig*, de Voltaire, y en «Abner, el judío que no había visto nada», publicado en los *Cuentos completos* de Wilhelm Hauff (págs. 125 − 130). <<